

LAZARO, EL PASTOR DE FLORENCIA.

Drama en cuatro actos, con un prólogo, traducido del francés al castellano por D.......
representado con grande aplauso en todos los teatros de España.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAGES.

COSME DE MÉDICIS, *con el nombre de el* ESTRANGERO (55 *años*).
RAFAEL SALVIATI, *con el nombre de el* PASTOR LAZARO (25 *años*).
JULIANO DE SALVIATI, *con el nombre de* SILVIO *el* SEGADOR (22 *años*).
JUDAEL DE MÉDICIS, *con el nombre de* RODOLFO, *alcaide de la carcel* (30 *años*).
JULIANO, *el abanderado.*
MATEO, *segador* (30 *años*).
GIÁCOMO, *tabernero.*
BATTISTA, *esbirro.*
GALEOTTO.
Un capitan de guardias.
Un familiar.
LA DUQUESA NATIVA PAZZI (20 *años*)
SILVIA
Arqueros, Guardias, Familiares, Pastores y Segadores.

La escena es á dos leguas de Florencia, en 1440.

PROLOGO.

Taberna á dos leguas de Florencia, en un estremo de la aldea llamada Fiesola. En el fondo dos puertas que dejan ver dos caminos opuestos, separadas por una parte de la pared en que se apoya un aparador levantado sobre tres escalones. Puerta chica lateral á la izquierda. A la derecha, en el fondo, sobre un lienzo oblícuo, puerta grande y labrada que dá á una capilla. Por esta puerta abierta se ven algunas claravoyas. La capilla tiene salida á fuera.

ESCENA PRIMERA.

SILVIO, MATEO, *pastores y segadores.*

(Al levantarse el telon hay en la taberna varios segadores y pastores, que unos duermen en el suelo y los bancos, y otros sentados á una mesa juegan á los dados. Separado de estos, á la izquierda, el segador Silvio está sentado en un banquillo junto á otra mesa; y Mateo, otro segador, está de pié junto á él. Conversan entre si, y nadie les oye.)

SIL. Me decias, Mateo, que esta noche has cuidado de nuestros niños?

MAT. Si, el ruido de la tempestad les habia interrumpido el sueño... pero, al volver con el dia el buen tiempo, se durmieron con la misma serenidad que si fueran dos angelitos.

SIL. Gracias, amigo Mateo, por el cuidado que te tomas por mi Julianito.... Gracias por tu generosidad sublime.

MAT. En el cuidado que me tomo por tu niño, no hago, Silvio, mas que corresponderte agradecido, y lo que tú llamas «mi generosidad,» no es ninguna virtud.

SIL. Si, Mateo, virtud es la generosidad del hombre que ampara con tierno cuidado la vida de un niño sin haber hecho jamás pregunta alguna á su silencioso padre... Tú me viste tan pronto fatigado viagero como teniente ó capitan; despues, aun no hace dos dias, venir á pedirte un vestido de segador: sin temor y sin titubear, tú me le diste, Mateo, y sin saber siquiera...

MAT. (*interrumpiéndole.*) Un dia, Silvio, un dia mi hija, que solo tenia seis meses, dormia en la barca que separada de la orilla del Arno, iba á estrellarse contra las ruinas de un molino, cuando tú, pasagero, te bajas al momento del caballo, te arrojas al agua sin cuidarte de si el padre de la niña era soldado, capitan ó viajero, y sin temer ni vacilar un solo instante, salvaste á mi hija.

SIL. Yo tambien tenia un niño dormido sobre el caballo que me aguardaba á la orilla; no podia desampararle, y cuando te vi venir hácia mi reconocido y con los ojos arrasados en lágrimas, te encargué el cuidado de mi hijo, que yo iba á llevar al cura de la capilla.

MAT. Dios quiso que nos encontrásemos!

SIL. Si, la Providencia es benéfica cuando permite que dos buenas almas se encuentren... Dame la mano, amigo Mateo!

MAT. (*dándole la mano.*) Adios, Silvio; luego nos volveremos á ver en el campo...

SIL. Si, pronto. (*suben la escena conversando.*) Quiénes son esos? (*viendo gente en el camino.*)

MAT. Giácomo el tabernero, con el pastor Lázaro y un soldado.

SIL. (Lázaro!)

MAT. (*marchándose.*) Hasta luego. (*se vá. Silvio vuelve á sentarse. Giácomo, el pastor Lázaro y el esbirro Battista entran por la puerta, á la izquierda del aparador.*)

ESCENA II.

SILVIO, LÁZARO, BATTISTA, GIACOMO, *pastores y segadores.*

GIA. (*entrando.*) Que haya salud, señores.

ALGUNOS SEGADORES. Buenos dias, Giácomo.

GIA. (*á Battista.*) Battista, mira mi taberna. Pues aqui donde la ves, concurre á ella la gente á la hora de la siesta... mi taberna, que se llama la de Santa Maria.

BAT. De Santa Maria!

GIA. (*señalando la capilla.*) Si, á causa de la capilla vecina.

BAT. (*mirando la capilla.*) Una capilla tan cerca de un bodegon!

GIA. Si, el que hizo edificar la capilla habia formado de esto un abrigo para los segadores; pero sus herederos han hecho una taberna para sacar provecho. (*va á tomar vino sobre un aparador, y pone tres vasos sobre la mesa que está en primer término á la izquierda.*) Vamos, siéntese conmigo el que fué mi antiguo compañero, y brindemos. Tiempo hace ya que no lo hemos hecho. (*á Lázaro que ha permanecido apartado.*) Vamos, Lázaro, toma un vaso.

LAZ. Gracias!

GIA. No quieres beber?

LAZ. Ahora no.

GIA. Como gustes.. y siento no verte brindar con nosotros, porque, mira tú, Battista, es Lázaro uno de aquellos hombres de que no es facil olvidarse. La noche pasada bebi algo mas de lo acostumbrado, me dejé caer en el camino, y me hubiera dormido á la orilla de un precipicio, donde me hubiera quizá y sin quizá hundido al despertarme, sin Lázaro que me apartó del abismo, y lleno entonces de espanto y reconocimiento, dije á Lázaro: «Soy Giácono el veneciano, Giácono el tabernero... y siempre y á cualquier hora encontrarás en mi taberna un albergue donde guarecerte, vino con que apagar tu sed, y la capilla de Santa Maria para rezar.»

LAZ. Gracias, Giácomo; algun dia puede ser que te recuerde tu oferta.

GIA. Cuando quieras; y ahora, Battista, bebamos nosotros como antiguos camaradas.

(Se sientan á la mesa en primer término. Vá Lázaro maquinalmente á ver como los segadores juegan á los dados. Junto á la mesa, en primer término, á la izquierda, hay algunas tablas con jarras y vasos; de donde Giácomo toma el vino que ofrece á Battista y mas adelante á Rodolfo. El vino dado á Rodolfo debe estar en una capacidad de vidrio blanco.)

BAT. (*brindando.*) A tu salud, Giácomo.

GIA. A la tuya; y dime, ¿qué tenemos de nuevo en Florencia? Han preso otra vez á Médicis?

BAT. No, pero se hacen las mayores diligencias por encontrar á él y los suyos.

GIA. Fácil será dar con él, preguntando á los que se sublevaron por Cosme de Médicis, ó mas bien á los que le vendieron sus espadas.

LAZ. (*con voz fuerte.*) Los sublevados no se vendieron los Médicis.

GIA. Asi dicen, no es verdad?

BAT. (*levantándose.*) Tiene razon el pastor; los sublevados no se vendieron, y el manifiesto que ha publicado Antonio de Médicis, hermano de Cosme, cuenta la historia que saben todos en Florencia.

GIA. (*id.*) Tú la sabes, Battista?

BAT. Asi...

LAZ. (*acercándose.*) Yo la sé, y si quereis os la diré.

GIA. Pues no hemos de querer?... Ya te escuchamos. (*los jugadores dejan el juego, los segadores se acercan; todos prestan atencion.*)

LAZ. Quince años hace, dice el escrito prohibido de Antonio, Cosme de Médicis, ya propietario de grandes rebaños, llega á la casa de Salviati uno de sus labradores, que acababa de entregar el alma á Dios nuestro Señor... Alli, junto al padre inanimado, halla cinco desdichadas criaturas, cinco hermanos, que el mayor no tenia diez años. Cosme hizo entonces que se diese sepultura al padre, despues acomoda en una caballeria á los dos niños menores, encarga al mayor que la lleve; toma de la mano á los otros dos, y parte con los huérfanos, que vierten copiosas lágrimas. Al cabo de tres horas de caminar, llegan á una casa que se llamaba el *asilo de la patria.* Cosme hizo entrar alli los niños y dijo: «Aqui teneis cinco huérfanos, cinco hermanos: el trabajo mató á su padre y están sin albergue y sin pan; enseñadles el oficio de las armas. Quinientos sequines le pidieron por darles la educacion militar. Cosme los dió, abraza los niños, y al separarse de ellos les dice: «Pobres niños, valor y esperanza.» En quince años hiciéronse hombres, y todos cinco eran oficiales de los regimientos que defienden la Toscana, cuando á Cosme de Médicis le prendieron por usurero, la nobleza que temia su engrandecimiento. Los nobles, por entonces, que habian jurado su muerte, y temian que su inocencia fuese probada, tuvieron en el palacio Pazzi un consejo secreto, donde se acordó llevar de noche á Cosme de Médicis al palacio señorial, en el que fuese en un dia, y secretamente, juzgado, condenado y ejecutado. Súpolo á la sazon uno de los hermanos Salviati; lo escribe á sus cuatro hermanos, y la noche siguiente los cinco atraviesan silenciosamente la ciudad, cuando al llegar junto al puente de las Platerías, vieron á lo lejos las antorchas encendidas, el cortejo y carruage que llevaba á Cosme al palacio señorial, escoltado por treinta arqueros. Y los cinco, sin hablarse, se comprendieron, y sin hacer ruido se apartan á lo oscuro, se abrazan y tiran de las espadas... Cuando llega el fúnebre acompañamiento, á una señal del mayor, se arrojan como un solo hombre sobre los soldados. Entonces... ¡qué horrible carniceria!... las antorchas se apagan, y á favor del tumulto y la confusion logran la fuga de Cosme de Médicis. Por la mañana encontraron entre los cadáveres á los tres hermanos Salviati mas jóvenes, muertos debajo de los pies de los caballos... Los huérfanos salvaron al que les sirvió de padre.

GIA. Qué se ha hecho de los otros dos hermanos?

LAZ. No se les ha podido hallar por mas diligencias que se han hecho, y el escrito de Antonio dice que ya partieron de la Toscana.

GIA. Los Salviati se portaron como valientes.
BAT. Asi es, que el mismo pueblo que los compadece los admira en Florencia.
GIA. Las familias de los Médicis son muy numerosas para poder defenderlos?
BAT. No, ninguna de ellas tiene muger ni hijos.
GIA. Pero, no se hablaba antes de uno de sus primos?
LAZ. Si, de Judael, que tenia toda su confianza y que echaron por un robo.
GIA. Judael! Y qué se ha hecho de ese Judas?
LAZ. Dicen que murió. (*va á hablar con los segadores que suben la escena.*)
GIA. (*á Battista confidencialmente.*) Esta sublevacion de los Médicis no habrá dejado de producirte algo.
BAT. (*confidencialmente.*) Todavia no, aunque tengo un encarguillo, para el que necesito que tú me des algunas noticias.
GIA. Cuanto yo sepa.
BAT. Esta mañana me llamó el duque Pazzi, y me dijo: corre á Fiesola, Battista; buscas allí la habitacion de un labrador que llaman Mateo; entra sin ser visto en su casa, en ella encontrarás un niño que te llevarás de oculto, y cuando tú me lo traigas, te daré una buena gratificacion.
GIA. Hola!
BAT. Conoces á Mateo?
GIA. Pues no le tengo de conocer?
BAT. Dónde está su casa?
GIA. Al otro estremo del pueblo.
BAT. Tú me enseñarás el camino.
GIA. Yo te llevaré allá.
BAT. Pronto, eh?
GIA. Ahora si quieres.
BAT. Pues vamos.
GIA. (*á los segadores.*) Ea, señores, los asuntos de Florencia os hacen hoy alargar la conversacion, y la hora de la siesta hace ya rato que pasó..... Vamos, á trabajar. (*los segadores toman las herramientas y se disponen á marcharse. A Battista.*) Ven, Battista.
BAT. Allá voy. (*salen con los segadores y pastores.*)

ESCENA III.

LAZARO y SILVIO.

LAZ. (*alargando la mano á Silvio.*) Ya lo ves, hermano mio, á lo menos son justos con nosotros.
SIL. (*tomándole la mano.*) Si, hermano; y Cosme de Médicis, que en vano aguardamos ayer en el caserio vecino, acaso vendrá alli antes de anochecer.
LAZ. Si no viene, debemos irnos mañana, tú disfrazado con esta ropa de segador, y yo con la que me dió el pastor Mateo.
SIL. (*con aire triste.*) Marcharnos! Perdóname, hermano mio, si pienso en mi hijo, en Nativa su madre.
LAZ. Reflexiona bien que su madre es la hija del duque Vital Pazzi, nuestro mas poderoso enemigo, y querer verla, seria olvidar que una imprudencia puede tambien perderla.
SIL. Tienes razon; debemos alejarnos de Florencia, donde nuestros hermanos murieron con la nota de rebeldes.
LAZ. No, hermano mio, murieron como héroes.
SIL. (*apoyándose afligido en Lázaro.*) Y no hemos podido siquiera darles sepultura! (*permanece un instante en silencio en esta actitud.*)

ESCENA IV.

Los mismos y NATIVA *pálida, turbada, con un niño en los brazos, envuelto en los dobleces de una tela de terciopelo, entra con zozobra en la taberna.*

NAT. Si, esta debe ser la taberna de Santa Maria! (*viendo á los segadores.*) Gente! Necesito aprovechar los momentos, y voy á preguntar á estos hombres si me dan razon de Silvio el segador.
LAZ. (*observándola.*) Quién es esta muger?
SIL. (*mirándola.*) Nativa!
NAT. Juliano! Es él!
SIL. Tú aqui! Y nuestro hijo en tus brazos!
NAT. Acabo de arrebatarle de la cuna donde estaba.
SIL. Y por qué?
NAT. Silencio, Juliano! (*señalando á Lázaro.*) Ese hombre nos escucha!
SIL. Si es mi hermano Rafael!
LAZ. (*á Nativa.*) Muger ó esposa de mi hermano, Dios sea contigo, hermana mia. Y ahora, qué peligros nos cercan?
NAT. Algunos soldados han recibido orden del gran consejo para buscar á nuestro hijo en esta aldea.
LAZ. Es preciso que desaparezca al instante.
NAT. Si, al momento, porque ya le buscan, y de su vida depende la de todos nosotros.
LAZ. Dámele, hermana mia, que yo me lo llevaré, yo... Ven, pobre criatura, ven que yo te cubriré con esta mi ropa de pastor. (*toma el niño y echa á andar.*)
SIL. A dónde irás tú, Rafael?
LAZ. (*parándose.*) Al Monasterio, á tres leguas de aqui. Despues aguardaré que vengas ó que envies... Dios os dé la prudencia que necesitais y os aconsejé... En vano buscarán los soldados á tu hijo. Yo me voy y espero allá bajo.
NAT. Dios te guie, hermano mio!
LAZ. Dios me guiará, hermana mia! (*se vá con el niño por la puerta del fondo, á la izquierda.*)

ESCENA V.

SILVIO *y* NATIVA.

SIL. Se ha salvado. Y ahora, dime, dime lo que sepas.
NAT. Escucha: te acuerdas de aquel corredor donde te ocultaste para oir la deliberacion del consejo secreto que condenó á Médicis?
SIL. Si.
NAT. Esta mañana hubo tambien consejo en el palacio de mi padre, y llena de inquietud por ti, me puse en tu sitio y escuché: supe que habian registrado toda la casa donde vivias en Florencia.
SIL. (*con viveza.*) Todas las pruebas de nuestro amor las hice ya desaparecer.
NAT. (*id.*) No saben nuestro amor... pero hallaron una carta que Mateo el labrador te escribió, en la que te hablaba de tu hijo.
SIL. Qué mas?
NAT. Como temen que los Salviati, á quienes el pueblo diviniza hoy, le empujen á la rebelion, tratan de apoderarse de tu hijo, con el fin de amenazarte en el caso de que no quisieses someterte á la voluntad del consejo. Para esto llamaron al esbirro Battista, dándole el encargo de robar nuestro hijo; pero cuando salió el esbirro, yo tambien parti, yo... Llego buscando y preguntando... hallo la casa... llamo á la puerta que no me abren... Una ventana baja y mal cerrada cede, veo en un cuarto la cuna de mi hijo... Entonces yo no sé lo que me pasa, me vuelvo loca... Solo sé que despues de largo tiempo, llego á esta taberna, donde esperaba encontrarte, y Dios lo que-

ria, Silvio, porque al faltarme las fuerzas, pude hallarte y decirte: Salva, salva á nuestro hijo!

SIL. (*estrechándola entre sus brazos.*) Oh! Nativa!.. tu amor y tus acciones hacen olvidar todos los padecimientos... Pero, ¿estás segura de que no te han seguido?

MAT. Si, segura; pero es preciso que no me vean en este pueblo... el esbirro Battista me conoce.

SIL. Gente viene. (*mira al camino.*) El esbirro... Ven, Nativa.

NAT. Cómo impedir que me vea en el camino?

SIL. Por esta capilla... de prisa...

NAT. Ven, Silvio! (*salen por la capilla.*)

ESCENA VI.

GIACOMO *y* BATTISTA *entran por el fondo.*

BAT. Si, Giácomo, me introduje en la casa por una ventana, que parece que la habian dejado abierta espresamente; encontré una niña dormida, y en el mismo cuarto una cuna vacia.

GIA. Eso es que Mateo se habrá llevado al campo la criatura. Por qué no vas á verlo?

BAT. Aguardo que los segadores vuelvan del trabajo, y creo que la noche me favorecerá.

GIA. Y qué piensas hacer por el dia?

BAT. Lo que tú quieras.

GIA. Juguemos á los dados, quieres?

BAT. Bueno... (*van á sentarse para jugar, á una mesa en el fondo á la izquierda. Rodolfo entra por la puerta de la derecha en el fondo.*)

ESCENA VII.

Los mismos y RODOLFO *enmascarado.*

ROD. (*se para y mira.*) Si, aqui es, y uno de esos dos hombres es sin duda Giácomo el veneciano, cuya historia me contaron... (*acercándose á la mesa en primer término á la izquierda.*) Hola, tabernero, vino, y pronto, del mejor, de Siracusa si lo tienes...

GIA. (*dejando el juego.*) Lo hay, si señor.

ROD. Y dos vasos sobre esta mesa.

GIA. (*dándole vino.*) Aguardais alguno, algun señor?

ROD. No, este otro vaso es para ti. Tenemos que hablar reservadamente.

GIA. (*á Battista.*) Con tu permiso.

BAT. Eres muy dueño de hacer lo que gustes. (*se levanta y se pasea por la taberna.*)

GIA. (*sentándose.*) En qué puedo serviros, señor?

ROD. Fácilmente lo adivinarás, si te digo que tu aficion al vino te hizo perder la confianza de los patricios y echarte de Venecia, donde egercias las dos profesiones de espia y de valiente.

GIA. (*sorprendido.*) Con que sabiais eso?

ROD. Si. A tu salud...

GIA. (*brindando.*) A la vuestra...

ROD. Tampoco ignoro que viniste aqui á comprar esta taberna, con algun oro que te quedó, en la creencia de que se te presentaria algun marido celoso, tal vez algun impaciente heredero, á ofrecerte la ocasion de egercer en Toscana tu oficio de Venecia.

GIA. Y á qué se dirige todo eso, señor?

ROD. A decirte que un hombre me incomoda, y que tengo cien sequines de oro.

GIA. Deciais que en dinero contante?

ROD. No, la mitad de la suma anticipada... y aqui la tienes...

GIA. Entraremos en esplicaciones. (*un hombre como de cincuenta años, sencillamente vestido, entra deprisa y se sienta al otro lado de la mesa, en primer término á la derecha.*)

ESCENA VIII.

Los mismos y COSME.

COS. Tabernero! A ver, uno...

GIA. (*sin moverse.*) Aqui está, señor. En qué ocasion viene este importuno! (*á Battista.*) Battista, quieres servir á ese estrangero? Que yo estoy ahora muy ocupado.

BAT. Si, hombre. (*se acerca á Cosme. Rodolfo y Giácomo hablan bajo y con misterio.*)

COS. (*á Battista que está junto á él.*) Amigo, podias encontrar un hombre que llevase al instante un recado?

BAT. Muy lejos?

COS. No, á una media legua.

BAT. La paga será buena?

COS. Un sequin.

BAT. Yo mismo iré, señor. Nada tengo que hacer hasta la noche.

COS. (*mirándole el trage.*) Tú!... Tú eres un esbirro... y tu servicio...

BAT. Por hoy no tengo nada que hacer, señor... y como no gano mas que un sequin á la semana, no quiero perder la ocasion de ganar otro tanto en una hora.

COS. Pues bien, aguarda. (*escribe.*)

ROD. (*á Giácomo levantándose.*) Has entendido bien?

GIA. Perfectamente. En el primer sendero del bosque, un hombre de cuarenta años, embozado en una capa parda.

ROD. Y las dos palabras que debes decir?

GIA. Florencia y Venecia.

ROD. Al oir estas dos palabras se detendrá para oirte.

GIA. Está bien.

ROD. Estás seguro de que despues de un año que no te has servido de él, tu puñal no se ha embotado?

GIA. Antes de una hora os daré la prueba. (*deteniendo á Rodolfo que se v..*) Una palabra!

ROD. Qué quieres?

GIA. Para el resto de la suma, dónde os encontraré?

ROD. Aqui.

GIA. Está bien. Dentro de una hora.

ROD. Dentro de una hora. (Ya debe de estar Cosme de Médicis en este pueblo, y me precisa encontrarle. (*se vá. Giácomo permanece pensativo en el fondo.*)

COS. (*á Battista, despues de haberle hecho señal de acercarse.*) Ahi tienes; toma esa carta, ves al primer sendero del bosque; alli verás pasar un hombre de cuarenta años, embozado en una capa parda, le dirás estas dos palabras: Florencia y Venecia, y se detendrá para oirte, pondrás en sus manos esta carta, y te dará el sequin prometido.

BAT. Está bien, señor.

COS. (*levantándose.*) No tardes.

BAT. Voy ahora mismo.

COS. (*señalando á un camino.*) Ese camino es el del caserio?

BAT. (*señalando á la capilla.*) Si señor, pero pasando por la capilla llegareis mas pronto.

COS. Gracias. (*sale por la capilla.*)

BAT. (*á Giácomo.*) No podemos jugar á los dados; tengo que hacer.

GIA. Y yo tengo que marcharme.

BAT. Tú?

GIA. Si.

BAT. Por qué camino vas?

Gia. Por el del bosque.
Bat. Y yo tambien.
Gia. Pues iremos juntos. (*se ponen el sombrero y echan á andar.*)
Bat. (*cerca de la puerta.*) No te puedo acompañar mas que hasta el primer sendero.
Gia. Alli mismo voy yo.
Bat. Y yo tambien; alli he de hallar un hombre de capa parda, al que...
Gia. (*interrumpiéndole.*) Y yo tambien.
Bat. Sin duda es el mismo.
Gia. Tienes para conocerle otras señas?
Bat. Si, su edad, y dos palabras que tengo que decirle?
Gia. Florencia y Venecia, no es verdad?
Bat. Justamente.
Gia. Y para qué te envian á buscar á ese hombre?
Bat. Para entregarle esta carta... Y á ti?
Gia. Para matarle.
Bat. (*admirado.*) Matarle!
Gia. Pues mira, supuesto que le he de matar, me parece inútil cumplir con tu encargo. Lo mejor será abrir esta carta, y acaso hallaremos algun secreto importante, del que podamos sacar provecho.
Bat. Dices bien, veamos. Tú sabes leer?
Gia. Trae. (*abre la carta y lee.*) «No conozco al hombre que te lleva esta carta... acaso cometa una imprudencia, pero confio en Dios... Hermano mio, vete por otro camino, tenemos que renunciar á nuestros planes... la nobleza pregona á estas horas nuestras cabezas; vuelve á tomar el camino de Florencia, solo la rebelion podrá esta noche libertarnos de la muerte. Voy al caserio para saber de los dos hermanos Salviati. Ya sabes nuestra cita en Florencia... Esperanza y prontitud.» Toma, estos son los dos Médicis.
Bat. Cierto, y podemos descubrirlos.
Gia. No, el consejo que los teme, pagará mejor su muerte que su denuncia.
Bat. Bien pensado!
Gia. Ah! señor, queriais hacerme trabajar y aprovecharos de mi miseria? Pronto nos veremos y me pagareis, os lo juro, mas de cien sequines por la vida de un Médicis.
Bat. El caserio en que Médicis está escondido, es sin duda el mismo por el que me preguntó el camino... Voy corriendo allá y llevaré conmigo los guardias del pueblo.
Gia. Si, tienes razon, porque pudiera suceder que Médicis no estuviese solo... Es preciso acometer al momento.
Bat. Un Médicis para cada uno de nosotros... Vive Dios que pocas veces se presentará igual fortuna.
Gia. Tenemos que andar ligeros, sino hemos de perderla.
Bat Vete corriendo al bosque.
Gia. Anda tú por los soldados, y llévalos al caserio.
Bat. Ya va pasando el dia, no perdamos tiempo.
Gia. (*al salir.*) Casualidad como ella! (*sale por la puertecita lateral de la izquierda.*)
Bat. Casualidad que es nuestra fortuna! Con que pronto, llama los arqueros. (*va á salir por el fondo á la derecha, y se encuentra con Silvio.*)

ESCENA IX.

Battista y Silvio.

Sil. (*entra con prisa por la puerta del fondo á la derecha.*) Para serviros, amigo; me podreis dar razon de Mateo el segador?
Bat. (*bruscamente.*) Yo no sé de él. (*se vá.*)
Sil. (*solo.*) No está en el campo! Y Médicis me aguarda con impaciencia en el caserio... Es preciso que sin tardanza vea yo á Mateo.

ESCENA X.

Silvio y Mateo.

Mat. (*entrando con zozobra.*) Silvio!.. Te buscaba.
Sil. (*con viveza.*) Mateo!... No tiembles, yo sé donde está mi hijo.
Mat. (*dejándose caer sentado.*) Gracias á Dios!
Sil. Si, hoy era cuando te le hubieran arrebatado.
Mat. (*levantándose.*) Te lo llevaste tú?
Sil. No, su madre.
Mat. Su madre!
Sil. Si, su amorosa madre, que acabo de dejar en el camino de Florencia... Escucha, Mateo: te acuerdas cuando me digiste, que si algun dia fuese preciso, no vacilarias en dejar la Toscana por salvar á mi Julianito?
Mat. Te dije, Silvio, que era labrador y podia vivir donde quiera que hubiese prados, campos, segadores...
Sil. Entiende bien lo que te digo, Mateo: toma esta bolsa que contiene suficiente oro, para que, si fuere necesario, puedas vivir algunos meses; coje tu hija en brazos y vete corriendo al monasterio, donde hallarás á mi hijo, que te entregará el pastor Lázaro.
Mat. Lázaro!
Sil. Si, toma en seguida, sin volverte atrás, el camino de Nápoles, y quizás salvarás al padre y al hijo.
Mat. Voy allá ahora mismo.
Sil. No tardaré yo en juntarme contigo en Nápoles, y sabrás entonces quién soy y quién es la madre de Juliano... Ya nos veremos.
Mat. Dios te guarde! Adios.
Sil. Oye una palabra!
Mat. (*volviendo.*) Qué quieres?
Sil. Mira, Mateo: como pudiera suceder que yo tarde en verte, no está de más el que sepas que la madre de mi hijo pertenece á la mas distinguida nobleza: la conocí en Roma, donde estuve dos años: una buena muger ocultó el fruto de nuestro amor: despues ha muerto llevándose consigo nuestro secreto... Entonces trage nuestro hijo á Toscana: tú le has amparado, Mateo; pero si el misterio de su nacimiento fuese descubierto... una familia rica y poderosa haria los mayores esfuerzos por arrebatarte mi desventurado hijo... para matarle... Líbrale del odio de los nobles que, para robártele, emplearán todo linage de ardides, hasta el de una fingida madre desolada, que se presente á mendigar un beso de la criatura. Toma, aqui tienes la cadena de oro y pedrería que gané en un torneo; no hay otra como ella en el mundo..... la rompo en dos, toma esta mitad, y cuidado con que dejes acercarse á nadie á mi Juliano, mas que á la muger que te entregue la otra mitad... Esa muger será la madre.
Mat. (*tomando la cadena.*) Te prometo que asi lo haré.
Sil. Y ahora me voy al momento al caserío, en que me aguarda mi padre.
Mat. Tu padre!
Sil. Si, Mateo, tú se lo dirás á Lázaro, para que venga sin detenerse... Adios, Mateo; abracémonos. (*se abrazan.*)
Mat. Dios quiera que nos veamos pronto, Silvio!
Sil. Si, cuanto antes, Mateo! Adios! (*se vá por la capilla.*)

ESCENA XI.

Mateo, *solo.*

Qué misterio! Esta muger, el rapto de este niño, la ansiedad pintada en el rostro de Silvio... Oh Dios mio, bien lo sabes, no es la curiosidad lo que ocupa mi pensamiento, sino la inquietud! Si, Silvio, he adivinado que tú eres el desdichado amante de alguna muger de esas familias nobles y altivas, que por ocultar la deshonra de la hija, quitarian la vida sin piedad al padre y á la criatura... Pero no, nada temas, que no encontrarán á tu hijo... huiré con él... Qué me detiene aqui?... Yo no sé que presentimiento me oprime y quita las fuerzas... tiemblo y necesito rezar antes de tomar el camino. (*voces por fuera.*) Qué voces son estas?.. (*mirando al fondo.*) Los arqueros!.. Nuevos y siniestros preságios... Ya es hora, Mateo; te aguarda Lázaro en el monasterio... ves á buscar tu hija, que siempre fuiste buen cristiano y Dios no te abandonará. (*sale por el fondo. Oye las voces por fuera de,* Médicis, Médicis.)

(Cosme turbado y con la ropa desgobernada entra ràpidamente por la capilla; tiene una espada partida y procura ocultarse arrimándose á la pared. Ruido fuera, despues silencio.)

ESCENA XII.

Cosme, *solo.*

Parece que ya no me persiguen!... Otra vez me salva la vida un Silviati! (*ruido por fuera.*) Ahora combate solo! Oh Dios mio! Mi brazo desarmado será impotente para defenderle... Salvadle, Dios omnipotente, salvadle... Ya no se oye nada...

Sil. (*entre bastidores con voz moribunda.*) Rafael! Rafael! (*se presenta vacilante y lleno de sangre.*) Hermano! hermano!... ¿no estás ya de vuelta? (*la espada se la cae de la mano.*)

ESCENA XIII.

Cosme *y* Silvio.

Cos. (*corriendo hácia él.*) Juliano! (*le sostiene.*)

Sil. (*reconociéndole.*) Médicis!.. Huid, huid, padre mio! (*cae de espaldas.*)

Med. (*doblado el cuerpo sobre Juliano.*) Dónde estás herido?

Sil. (*esforzándose.*) En el corazon.

Med. Desventurado mártir!... Por mi mueres tú... y yo, Dios mio, nada puedo hacer por él!

Sil. Sí, padre mio.

Med. El qué, dime?

Sil. En mi pecho... buscad.

Med. (*hallando la cadena.*) Una cadena!

Sil. (*procurando levantarse.*) Por mi muerte una muger será deshonrada, sin esperanza y sin refugio.

Med. Acaba!

Sil. La direis, que presentando esta cadena, la entregarán á nuestro hijo, que lleva otra igual, y que seria huérfano sin su madre.

Med. No, Juliano, esa muger no quedará deshonrada; porque si fuese necesario para guardar su honor, yo te lo juro, le daré mi nombre, será mi esposa, adoptaré tu hijo, será mi heredero y mi hijo.

Sil. (*moribundo.*) Gracias, padre mio..... (*vuelve á caerse.*)

Med. Y el nombre de esa muger... su nombre, Juliano?... Ha muerto!... (*levantándose.*) Yo la encontraré... con esta cadena hallaré á tu hijo... y el juramento que acabo de hacer al moribundo, yo le reitero ante ti, Dios mio!... lo juro, lo juro... y ahora, Señor, haz que tu luz me guie, porque es preciso que yo viva para cumplir mi juramento solemne! (*mirando á Juliano.*) Pero no puedo dejarle asi muerto y sin darle sepultura... Esos soldados por él vencidos vendrán á insultar su cadáver... Una capilla!.. Oh Vírgen Santa!... (*levanta á Juliano.*) Permite al menos que yo deponga al pie de tu altar al mas generoso y mas valiente. (*entra en la capilla llevándose á Juliano. Rodolfo enmascarado entra por el fondo mirando hácia fuera.*)

ESCENA XIV.

Rodolfo *y despues* Medicis.

Rod. (*entra con zozobra por el fondo á la derecha.*) Yo no sé en virtud de qué revelacion los arqueros han encontrado á Cosme de Médicis. Estaba en la inteligencia que solo yo sabia sus secretos. Le han acometido en este caserio, y en vano será el querer contenerlos; porque yo no sé qué defensor de los Médicis, ha herido ya á muchos de ellos; y si matan á Médicis, viene abajo todo mi proyecto. (*va á mirar al fondo con inquietud.*)

Med. (*saliendo de la capilla y cerrando la puerta.*) Si, Juliano, ya pertenezco á tu muger, á tu hijo, como tu alma pertenece á Dios. (*va á salir y encuentra á Rodolfo.*)

Rod. (*viéndole.*) Médicis!

Med. (*consternado.*) Otro enemigo! (*coge la espada de Juliano, que está en el suelo.*)

Rod. (*con viveza.*) Deja la espada, Médicis; que no tienes aqui un enemigo, sino un salvador...

Med. (*con sorpresa.*) Pero tú llevas el uniforme de los Pazzi!

Rod. Por este uniforme he logrado este salvo-conducto, con el cual podrás salir sin peligro de Toscana. (*le entrega un papel que saca de la cintura.*)

Med. Un salvo-conducto!.. (*con desconfianza.*) Sin duda será algun artificio.

Rod. Si yo quisiera perderte, llamaria á los soldados, y al momento...

Med. En efecto!

(Mira el salvo-conducto, Giácomo entra maquinalmente por la puerta chica de la izquierda y se para mirándolos con sorpresa.)

ESCENA XV.

Los dichos y Giacomo.

Rod. Ten confianza, Médicis, vete, huye!

Med. Quién eres tú que tanto te interesas por mi?

Rod. Me llaman Rodolfo, el alcaide de la cárcel de Pazzi; pero ese no es mi nombre.

Med. Y cuál es?

Rod. El de un hombre, que mas de diez años hace que detesta á los Pazzi, y que aguardaba el dia en que poderte servir contra los Pazzi tus enemigos. Mi nombre es el de un hombre que espera reparar hoy sus faltas pasadas, de un hombre que se atreve á implorar tu perdon.

Med. Y te llamas?

Rod. (*desenmascarándose.*) Mira.

Med. (*con sorpresa.*) Judael!

Jud. Judael, vuestro primo, señor; Judael, á quien diez años hace maldigisteis y echasteis por un error criminal, de que siempre se arrepentirá; Judael, á quien se creia muerto, y que os salva despues de ha-

beros buscado por dos dias para ofreceros vuestra salud, y pediros de rodillas su perdon.

MED. Estás perdonado, Judael!

JUD. (*con viveza, alzándose.*) Gracias, señor! Y ahora huid sin tardanza; los esbirros pudieran venir aqui. (*en el fondo del teatro se ve resplandor.*) Hay fuego en el caserío, y pudieran reconoceros al resplandor del incendio.

MED. Por qué camino huir?

GIA. (*alzando la voz y señalando la puerta por donde ha entrado.*) Por aqui, señor Cosme de Médicis.

JUD. (*perturbado.*) Giácomo!

MED. Nos volveremos á ver, Judael.

GIA. (*llevando á Médicis.*) Por aqui... el camino es oscuro y solitario... Dios os guarde, señor. (*cierra la puerta.*)

ESCENA XVI.

JUDAEL *y* GIACOMO.

JUD. (Estaba aqui!)

GIA. En verdad que no representais mal vuestro papel, señor Judael de Médicis! Al mismo tiempo que asesinais al uno de vuestros primos, salvais el otro!

JUD. (Todo lo sabe!)

GIA. Al mismo tiempo que el uno perdona y huye, el otro espira y maldice... Parece que teneis cierta preferencia por uno de vuestros primos... Dichosa preferencia, por cuanto dá la rara casualidad de que salvais al rico, despues de haber muerto su heredero, y ahora que no vive ya el heredero, vos en su lugar....

JUD. (*con zozobra.*) (De qué medio me valdré yo para perder á este hombre?)

GIA. Y para lograr todo eso, señor mio, habeis engañado á los Pazzi, engañado á los Médicis, mentido á los unos, hecho traicion á los otros: sois infame, necesitado cuanto sagaz bribon. Teneis voz persuasiva, habilidad, audacia y fortuna... Vive Dios, que habeis de hacer suerte, y me alegraré mucho... En cuánto comprarás tú mi silencio?

JUD. Por cuánto quieres vendérmelo?

GIA. Estimadlo en lo que valga! Revelando que sois Judael de Médicis... nada... puedo haceros decapitar.

JUD. Silencio, infeliz!

GIA. (*levantando mas la voz.*) Y si contais, y yo tambien ahora con que un dia Cosme de Médicis llegará á ser el señor de los estados, en lugar del duque de Pazzi, revelándole que habeis hecho asesinar á su hermano...

JUD. Calla!

GIA. Podré hacer que os corten la cabeza.

JUD. Mira, no seas imprudente; cierra al menos las puertas. No conoces que, si te oyen, todo el mundo será dueño del secreto que quieres vender?

GIA. (*vá á cerrar las puertas del fondo.*) Teneis razon, de escarmentados nacen los avisados.

JUD. (*entre tanto que Giácomo cierra las puertas, ap.*) A gran mal, remedio pronto... Aqui hay vino... este hombre es un borracho... la noche vá de vencida..... él beberá cuando se quede solo... (*vacia un frasquito en el vino que ha quedado sobre la mesa, situada en primer término á la izquierda. Acercándose á Giácomo.*) Quieres que celebremos un trato, no es verdad?

GIA. Iba á proponeros uno.

JUD. Mira, tu eres dueño de la mitad de mis secretos, y quiero confiarte la otra mitad: me serviste, y otra vez me vas á servir.

GIA. Pudiéramos entendernos.

JUD. Voy sin detenerme á Florencia, donde me llama mi obligacion de alcaide, pues no quiero que adviertan mi ausencia en el palacio de Pazzi. Iré y volveré á todo el correr de mi caballo... Antes de una hora estoy de vuelta; procura estar aqui solo, y toda la noche será nuestra.

GIA. Bien pensado! No está de mas el tener una hora para reflexionar sobre las condiciones que haya de proponeros.

JUD. Dentro de una hora!

GIA. Que no se os olvide volver, pues tendria entonces que ir al palacio de Pazzi á preguntar al alcaide de Rodolfo por Judael de Médicis. Entendeis?

JUD. No te haré aguardar... en ello soy yo el mas interesado... Hasta luego. (*sale. Giácomo cierra la puerta. Noche cuasi completa; una sola bugia que arde junto á una Madona, pintada en la pared, á la izquierda, alumbra un poco la escena.*)

ESCENA XVII.

GIACOMO, *solo.*

Pues señor, no hemos echado mal dia; pero obremos con prudencia... La fortuna, Giácomo, se te viene á las manos; mira bien lo que haces... Judael es un traidor, de cuyo secreto soy dueño, y vendrá dentro de una hora... No es hombre de manejar el puñal... Traidor y embustero, debe ser un cobarde, y por eso mismo es peligroso compañero...... reflexionémoslo bien... (*vá á sentarse y se echa de beber.*) Ea, Giácomo, ya estás en el camino de la fortuna, y para lograrla toma bien tus precauciones... (*bebe.*) Y acuérdate de la máxima: «Tan pronto como tengas un secreto terrible, haz tu confidente á un amigo discreto, á fin de poder decir á tu señor: Otro es dueño del secreto, y si me quitan la vida, mañana este otro lo revelará públicamente...» Y quién será mi confidente?... Battista el esbirro!.. Acaso habrá muerto en el combate del caserío... Quién mejor que él?... (*llaman á una de las puertas del fondo.*) Ya! Pues no hace una hora. Yo no sé por qué... Pero es la primera vez de mi vida que tengo miedo. (*llaman otra vez.*) Judael no puede ser... Quién llamará á estas horas? (*acercándose á la ventana.*) Quién es?

LAZ. (*desde afuera con la voz quebrantada.*) Soy yo! Lázaro el pastor!

GIA. (*con alegria.*) Lázaro! Este es mi hombre. (*abre.*)

ESCENA XVIII.

GIACOMO *y* LAZARO.

LAZ. (*entrando.*) Tu me tienes dicho que á cualquiera hora me abririas tu puerta...

GIA. Siempre serás bien recibido en mi casa, y nunca has venido en mejor ocasion.

LAZ. (*andando con trabajo.*) Estoy rendido... (*despues de sentarse.*) Gracias.

GIA. No solo quiero darte un albergue, sino tambien hacer tu suerte.

LAZ. Ante todas cosas dime, y Cosme de Médicis?

GIA. Se salvó! En cuanto á su hermano Antonio dicen que ha muerto.

LAZ. Muerto! Y Silvio el segador que le defendió?

GIA. Le han visto salir del caserío herido, y cubierto de sangre: es cuanto sé.

LAZ. (*levantándose.*) Adios.

GIA. A dónde vas?

LAZ. A buscar á Silvio muerto ó vivo.

GIA. (*impidiéndoselo.*) De noche y á estas horas! Estás loco?

Laz. Déjame!

Gia. Lázaro! Te caes.

Laz. Si, la fatiga me mata... (*vuelve á caer sentado.*) (Mas de seis leguas en dos horas, y todo para llegar tarde!)

Gia. (Que abatido está...) Lloras á Médicis, ya lo veo... Pues bien, yo te aseguro que pronto volverá... Para reanimarte toma este vaso; ea, bebe...

Laz. (*repulsando el vaso.*) Gracias!

Gia. (*insistiendo.*) Por la vuelta de Médicis bebamos, Lázaro, y por la memoria de los hermanos Saviati, muertos en su defensa.

Laz. De buena voluntad. (*alzando el vaso.*) Por vosotros, hermanos Salviati, muertos tan jóvenes y tan valientes!

Gia. Por su memoria. (*beben.*) Si quieres ahora enterarte bien de cómo se salvó Médicis y murió Antonio, escucha mi secreto y sabrás su historia. Judael de Médicis no ha muerto, Lázaro... sabe que con el nombre supuesto de Rodolfo, es el alcaide de los Pazzi.

Laz. El maldecido Judael es Rodolfo!

Gia. Si: él es quien ha hecho asesinar hoy á su primo Antonio... él es...

Laz. Acaba!..

Gia. (*despavorido.*) Ah, Dios mio!

Laz. Qué tienes?

Gia. (*arrojando el vino.*) No bebas ese vino, Lázaro... es... veneno...

Laz. Veneno?

Gia. Si, que abrasa y mata... Oh! Judael!.. socorro! Oh desgracia! Tu me vengarás, Lázaro.

Laz. (*sosteniéndole.*) Pero quién ha envenenado el vino?

Gia. Muero envenenado por Judael, que me ha pagado la vida de Antonio.

Laz. (*que le sostenia abandonándole.*) A ti, infame!

Gia. Dios me castiga, ya lo ves! Escucha: Judael quiere ser el heredero de Cosme.

Laz. Cosme le ha echado!

Gia. Cosme acaba de perdonarle... (*asiéndose á Lázaro.*) Ah! Lázaro, tu me vengarás..... Lázaro..... (*muere.*)

Laz. (*mirándole en tierra.*) Ah, maldecido seas, execrable instrumento de Judael! De un Médicis que fue traidor á los Médicis, cuando mis hermanos morian tan noblemente por ellos, cuando Juliano... Oh Dios mio!.. con tal que no le hayan vencido en esta horrible lucha... Dónde encontrarle?.. No importa, es preciso que yo vaya, aunque sea á rastra, al lugar del combate... Y no puedo... un sudor frio baña mi frente, el pecho se me abrasa... Apenas he probado el vino, y el veneno... Ah! la fatiga me ahoga... (*cae titubeando en los escalones del aparador.*) No me aflige perder la vida... No, Dios mio... tu no permitirás que Rafael Salviati muera con la espada en la vaina... sin combate y sin venganza... Y nadie me ampara!... Ah!.. pasos oigo!... gente... en mi socorro!.. Señor!.. llegan demasiado tarde! (*Cae. La puerta del fondo, á la derecha, se abre. Galeoto se presenta acompañado de cinco familiares.*)

ESCENA XIX.

Lazaro, Galeoto *y* familiares.

Gal. Ea, muchachos, despacharse... (*señalando á Giácomo.*) Aqui está Giácomo! (*le pone la mano sobre el corazon.*) Muerto!

Un Familiar. (*señalando á Rafael.*) Señor! Y este?

Gal. (*mirándole.*) Lázaro el pastor!

El Familiar. No está muerto!... El corazon le palpita con violencia.

Gal. Yo no sabia...

El Familiar. Qué hacemos con él?

Gal. Rodolfo no habia previsto... y no podemos dejar aqui á este hombre.

El Familiar. Qué determinais?

Gal. Le llevaremos en un carreton á las prisiones del palacio de Pazzi... El alcaide Rodolfo determinará. Nosotros estamos pagados para enterrar al muerto, pero Dios nos libre de sepultar á un vivo. Ea, muchachos, al carreton con el moribundo y á la cárcel de palacio. Al cementerio con el otro... Despachemos, que pronto se hará de dia. (*Cuando van á recoger á Rafael y Giácomo, cae el telon.*)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO,

Sala del palacio de Médicis en Florencia. A la derecha, en segundo término, puerta lateral por donde se entra en los aposentos de Cosme de Médicis; al mismo lado, en el fondo, puerta grande, que dá á una galería; al otro lado lo mismo. La puerta lateral, en segundo término, comunica con los aposentos de la duquesa de Médicis. En el fondo ventana grande con balcon; á cada lado de esta ventana los retratos de cuerpo entero del duque y duquesa de Médicis, con sus nombres escritos debajo en caractéres bien legibles.

ESCENA PRIMERA.

Galeoto *solo; despues* Cosme de Medicis* *y* Judael.

Gal. (*sentado junto á una mesa de la izquierda, escribe. Arrojando la pluma sobre la mesa.*) Ah!.. creí que no acababa nunca... Este trabajo de una hora me valdrá, yo lo creo... lo menos doscientos escudos. (*ordena los papeles.*) Ya era tiempo! A mi entender, y lo creo, el duque de Médicis... (*entra Cosme por la galería de la derecha acompañado de Judael.*)

Jud. Os lo repito, señor, me apesadumbra el veros trabajar todo el dia, cuando yo pudiera hacerlo por vos en vuestro escritorio, con aquel celo que tengo dadas suficientes pruebas.

Cos. Judael, el ojo del amo engorda el caballo... y cada uno en su puesto... te nombré gobernador de mi palacio para no tener que ocuparme de ello; á tí las ceremonias, los museos, las casernas y las prisiones del palacio de Médicis; y á mi mis factores, mis escritorios, mis correspondencias y mis proyectos... Me siento como fatigado esta noche, pero estoy por echarte á tí la culpa.

Jud. Y por qué, señor?

Cos. Me has hecho beber, contra mi gusto, de aquel vino de España que siempre me fatiga y adormece.

Jud. Como se trataba de brindar por nuestra alianza con los venecianos...

Cos. No he podido rehusar, porque esta alianza con Venecia la bella, hará de nuestra capital un dia la opulenta Florencia. (*viendo á Galeotto.*) Me aguardabas, Galeotto?

Gal. Señor, he venido por vuestro mandato á trabajar en vuestras memorias.

Cos. Soy contigo.

Jud. Os dejo, señor.

Cos. Haz saber mi regreso á la duquesa... Hasta mañana.

Jud. Hasta mañana, señor. (*se vá por la galería de la derecha.*)

Cos. (*á Galeotto.*) No ha venido nadie?

Gal. No señor; solo el abanderado Juliano, que solicita de vos el favor de una audiencia esta noche.

Cos. (*sentándose.*) Ya lo sé... le he visto... y he dicho que le recibiria... Ahora... lee.

Gal. Ya recordareis, señor, que en el capítulo que leí la última vez, y que decia lo que sucedió en la taberna de Santa Maria, antes de que vuestro primo Judael viniese á socorreros, dejasteis una página en blanco, que debia contener todo lo que precedió á la llegada de vuestro primo.

Cos. Ya te dige que significaria á mis herederos mi voluntad de sustituir á esa página en blanco, otra que no quiero que sea leida sino despues de mi muerte.

Gal. Entonces, señor, la copia de la memoria que habeis escrito durante vuestro destierro, llena ese espacio de diez años que pasaron hasta la época de vuestra entrada en Florencia, y dice asi: (*leyendo.*) «Cuando la revolucion hubo llegado á su mayor pujanza, Cosme de Médicis, á quien muchos años hacia demandaba el pueblo, entra secretamente en Florencia, favorecido por su primo Judael, que en este dia deja el fingido nombre de Rodolfo y toma otra vez el de Judael de Médicis. Con la nueva de la llegada de Cosme de Médicis, el pueblo cobra nuevas fuerzas, combate con tal furia, que logra apoderarse del palacio de Pazzi y hacer prisionero á su señor, que lo era el duque Vital de Pazzi. Cosme de Médicis mostró en esta jornada sangrienta valor y presencia de ánimo, que envidiarian los grandes héroes de la antigüedad.»

Cos. Borrad eso, y escribid solo, que en ese infausto dia, Cosme de Médicis combatió sin temor.

Gal. Pero, señor...

Cos. (*interrumpiéndole.*) Haced lo que yo digo y continuad.

Gal. (*despues de tachar algunos renglones.*) Algunos de los dos partidos, horrorizados de los desastres que la guerra civil causaba, se reunieron para discurrir alguna traza que la terminase, y, en este consejo, formado de nobles y mercaderes, se decidió la paz. Al fin de unir por siempre jamás los caudales y hacienda adquiridos por el comercio y la riqueza nobiliaria, acordóse la celebracion de gran número de matrimonios procedentes de varones ó hembras que pertenecian á la nobleza, con otros ú otras de los principales factores ó mercaderes, é hiciéronse fervorosos votos porque se consumase el casamiento de Cosme de Médicis, entre todos mas opulento mercader, con la duquesa Nativa Pazzi, hija del duque Vital de Pazzi, caudillo de la nobleza.»

Cos. Poned ahí, que ese matrimonio fué indispensable y forzoso; que Cosme se casó con la duquesa Nativa para impedir que sus partidarios continuasen la guerra civil que asolaba á Toscana; que la duquesa fué la esposa de Cosme de Médicis para aplacar el furor del pueblo, que indudablemente hubiera sacrificado á su padre prisionero; y añadid, que ese casamiento fue para Cosme de Médicis un beneficio del cielo, porque halló, siendo ya de avanzada edad, en la duquesa Nativa, muy jóven aun, la mas generosa y santa de las mugeres.

Gal. (*ap. y escribiendo.*) Siempre alabanzas de la duquesa... no son infundados los temores de Judael.

Cos. Y ahora, leed lo que sigue.

Gal. Dice asi, señor: (*lee.*) No tardó Cosme de Médicis en restablecer en Florencia el principal escritorio de su comercio, y atrajo allí, á los pocos meses, la abundancia, en términos que los florentinos le dieron agradecidos el sobrenombre de padre de la patria, le honraron con la dignidad de gefe supremo de la justicia..... y Cosme de Médicis ha perdonado todo á sus enemigos.

Cos. (*interrumpiéndole con acaloramiento.*) Borrad eso y escribid, que Cosme de Médicis no perdonará nunca á la nobleza el asesinato de su hermano Antonio, traidoramente asesinado en el bosque de Fiesola. Qué mas habeis escrito?

Gal. Señor, no he pasado de ahi, y si quereis dictarme las notas necesarias para la continuacion...

Cos. Ahora no. Este vino de España me dá sueño. Mañana.

Gal. Os hará bien el reposo, señor.

Cos. Si, hace tiempo que ya es de noche. Qué hora es?

Gal. (*mirando un reloj de arena que está sobre la mesa.*) Señor, este reloj señala las diez.

Cos. Ya! La duquesa no tardará en venir á saber de la salud de su pobre viejo. Hasta mañana, Galeotto!

Gal. Hasta mañana, señor! (*vá á salir por la galeria y y se detiene.*) No os engañabais, señor, aqui está la duquesa.

Cos. (*levantándose, vá con apresuramiento hácia la galeria.*) La duquesa! (*se vá.*)

Gal. (*viéndole irse.*) Como se vuelve todo azucar y miel viendo á su muger! Razon tiene Judael en creer que el testamento secreto es en favor de ella. Con oir solo el nombre de la duquesa, ya no se acuerda del cansancio ni del sueño... Aqui están!... Si yo me aprovechase del buen humor del viejo para presentarle su genealogía!... Si, cuando el corazon es feliz, abunda en generosidad. (*vuelve á ocupar su sitio junto á la mesa. Cosme se presenta acompañado de la duquesa.*)

ESCENA II.

Dichos y la Duquesa.

Duq. Venis antes que yo. Sois demasiado bondadoso.

Cos. Cuando la felicidad se presenta, hija mia, el que antes llega, la encuentra mas pronto. Sentaos, querida duquesa. (*la hace sentar. A Galeotto.*) A qué aguardais, Galeotto?

Gal. (*desdoblando un pergamino.*) Señor, queria ofreceros el gran descubrimiento que acabo de hacer, hojeando las historias de los tiempos pasados. Es vuestra genealogía, y yo pruebo en pocas palabras, que vuestros abuelos eran primos segundos de Carlo-Magno, emperador de occidente.

Cos. (*sonriéndose.*) Ah! Conque habeis descubierto eso?

Gal. Si señor.

Cos. Sois hombre de provecho. Cuántos dias habeis tardado en hacer ese importante trabajo?

Gal. (*con viveza.*) Seis dias largos, señor.

Cos. Decid á mi cagero que os entregue seis escudos.

Gal. Deciais, señor?

Cos. Seis escudos.

Gal. Si, eso me parecia á mi haber oido. (Yo esperaba doscientos.)

Cos. No os ibais?

Gal. (*dirigiéndose hácia la galería.*) Ya me voy, señor. (*ap. marchándose.*) Sin embargo, yo contaba con doscientos escudos. (*se vá por la galería de la derecha.*)

ESCENA III.

Cosme *y* Nativa.

Cos. Todas las noches, antes de acostaros, venís como una niña á despediros del pobre viejo.

NAT. Por mi parte es egoismo... me agradan nuestras pláticas de la noche.

COS. Asi, Nativa, no llevareis á bien que yo suspenda la de esta noche?

NAT. Estais indispuesto, señor?

COS. No, Nativa... Pero quiero esta noche ver mi testamento... mi testamento, que solo vos le abrireis despues de mi muerte.

NAT. Ya lo sabeis, señor, soy muy rica despues que la muerte de mi padre me dejó todos los bienes de los Pazzi; disponed de otra manera de los vuestros.

COS. Ay! Nativa mia, es preciso que pertenezcan á un alma buena y capaz de consagrarse toda al bien de otros, porque tendrán acaso un destino secreto que tardará mucho en descubrirse, para la egecucion del cual es necesario el desinterés, la justicia, y tambien la generosidad de mi heredera.

NAT. Siendo asi, señor, acepto sin vacilar todas las obligaciones de la heredera, si Dios alarga mis dias mas allá de los vuestros.

COS. Mañana mismo quiero entregaros el testamento sellado.

UN GUARDIA. (*apareciendo por la galeria de la derecha.*) Señor, el abanderado Juliano, que dice tiene permiso para presentarse á vos, se empeña en entrar.

NAT. (Juliano!)

COS. En efecto, lo prometí. (*á la duquesa.*) Permitís, señora?

NAT. Que entre, señor.

COS. Hacedle entrar. (*el guardia sale.*)

NAT. (Qué querrá?)

ESCENA IV.

Los dichos y JULIANO.

JUL. (*entra y se detiene admirado.*) Aqui la duquesa!

NAT. (*observándole ap.*) Mi vista le sorprende!

COS. Acercaos, Juliano... y decidme que pretendeis.

JUL. Que me concedais, señor, la gracia de contarme en el número de los hombres de armas que enviais á Roma al servicio del Papa.

NAT. (Qué dice?)

COS. Acaso no sabreis, capitan, que van á partir dentro de pocas horas.

JUL. Lo sé, señor.

NAT. Tres dias hace no mas, Juliano, que despues de un año de ausencia, habeis vuelto á Florencia, y quereis ya dejarla!

JUL. Yo pido, señora, volver á Roma como el que pide un favor.

COS. Y os le acordaremos, sobre todo, en presencia de la duquesa, largo tiempo hace vuestra protectora.

JUL. Si señor, á la duquesa debo la honra de pertenecer á vuestra guardia... A ella debo mi espada... A ella, en fin, debo toda la felicidad que tengo en el mundo... y si en retribucion la duquesa necesita de mi vida, de mi sangre...

COS. Sé muy bien, Juliano, que podemos contar con vos.

JUL. Si señor, si.

NAT. Y sin embargo, Juliano, si mañana necesitase yo un brazo, un defensor, tendria que llamar á otro que vos, pues os vais á Roma.

JUL. (*turbado.*) Señora...

NAT. En ese nuevo proyecto de viage no veo mas que aturdimiento juvenil, y no me parece cosa enteramente decidida; porque no estais solo en Florencia; habeis hallado en ella amigos y parientes que hace un año no os habian visto, y sentirian mucho otra nueva ausencia tan precipitada.

JUL. He hallado, señora, en Florencia, una joven con quien estoy desposado un año hace, y he vuelto á encontrar á su padre que llamo el mio, porque lo es en verdad para mí; ambos vieron con alegria mi regreso, y no sienten mi partida; porque mi padre y mi esposa me acompañarán á Roma.

NAT. (*conmovida.*) No teneis madre?

COS. (*observando á Juliano.*) La llorais, Juliano..... Cuándo la habeis perdido?

JUL. Cuando adquirí la esperiencia, la fuerza y la razon.

NAT. (Qué quiere decir?)

JUL. Y de mi madre... las señales aun están en Florencia... en Roma no tendré mas que su memoria... Por eso, señor, os suplico, cruzando mis manos, el permiso para ausentarme de Florencia.

COS. Os hemos dado la palabra, Juliano, y partireis.

JUL. Gracias, señor. Llevo conmigo esa palabra que tanto ansiaba... Vivid, señor, vivid dichoso largos y venturosos dias. (*á la duquesa.*) Duquesa, recompénseos el cielo!... Cada dia de mi vida le pediré por vos.

NAT. (*comprimiendo su emocion.*) No desmayar capitan!

JUL. (*inclinándose.*) Confio en Dios, señora. (*hace un esfuerzo sobre sí mismo, y sale por la galeria de la derecha.*)

ESCENA V.

COSME *y* NATIVA.

COS. Noto en ese jóven no sé que nobleza y melancolía que interesan en su favor... Qué teneis duquesa?... (*con inquietud.*) Una lágrima!

NAT. Perdonad, señor; pero veo con disgusto, que los que uno cree sus amigos, se apresuran á dejarnos sin vacilar, y las mas veces sin pesadumbre.

COS. (*haciéndola sentar.*) Nativa, el afecto que me profesa el abanderado, puede ser sincero; pero la juventud tiene sus secretos, sus caprichos y su actividad... la juventud, flor que se deshoja, tesoro que se agota; la juventud, cuya pérdida siento con amargura y desvario, no por mi, sino por tí, Nativa, pobre amada compañera de este viagero tan viejo.

NAT. Si, compañera, y feliz.

COS. Oh, Nativa, tú no vienes de los hombres. No es verdad?

NAT. Por qué os asalta ese pensamiento, señor?

COS. (*levantándose.*) Porque solo Dios puede darnos el rayo de sol que reanima y vivifica el infierno.

NAT. No teneis para mi, señor, sino palabras suaves y afectuosas... y junto á mi olvidais la hora del reposo...

COS. Si, Nativa, todo, hasta el cansancio.

NAT. Pero yo, que soy, segun decís, vuestro mejor médico, debo recordaros...

COS. Me acuerdo y obedezco... (*presentándole la mano.*) Buenas noches, mi querida duquesa.

NAT. Buenas noches, señor.

COS. Voy á dar á los centinelas la voz que todas las noches previene que su señor duerme y deben velar por él. (*abre la ventana en el fondo y grita desde el balcon.*) Arqueros de palacio, velad!

(*Esta voz la repiten alternativamente otras varias á diferentes distancias. En tanto que corren esa voz, Cosme y Nativa han llegado á la puerta que comunica con los aposentos de Cosme.*)

NAT. Que descanseis y durmais bien, señor.

COS. (*saliendo.*) Hasta mañana.

NAT. Hasta mañana, señor. (*Cosme se vá. La duquesa pensativa vuelve poco á poco á la escena.*) El duque ha permitido que Juliano vuelva á partir, y mañana

al amanecer, se ausentará sin haberme dicho la causa de tan pronta partida, sin desvanecer mis temores. Conviene que yo le vea antes; es preciso, quiero verle!... (*vá precipitadamente á la mesa y escribe algunas líneas; toca la campanilla y sale una muger de su aposento.*) Al abanderado Juliano, y pronto.

(La criada sale con la carta por la galería; la duquesa entra en su aposento á la izquierda. Judael y Galeotto entran platicando por la galería de la derecha.)

ESCENA VI.

JUDAEL *y* GALEOTTO.

GAL. Si señor, cuanto mas oigo al duque hablar de la duquesa, mas me confirmo en que tiene hecho el testamento en favor de ella.

JUD. Asi es, Galeotto, lo sé, y sé tambien que le guarda en una arquilla dentro del armario labrado que tiene junto á la cama.

GAL. Sabeis eso?... Sin duda pensais en destruir los efectos de un testamento que os desposeeria...

JUD. Pienso, lo primero, en algun medio ingenioso de sacarlo de allí.

GAL. El sacarlo de alli será lo de menos, pero es imposible.

JUD. Por qué?

GAL. Porque si.. porque ese cuarto donde Cosme de Médicis conserva los tesoros y las reliquias que venera, no está nunca abierto sino para él, que jamás sale sin cerrarle con el mayor cuidado.

JUD. Y por la noche, cuando duerme?

GAL. El capellan que vela junto á él!

JUD. Se le podria hacer salir del cuarto por un instante, que basta para que entre un hombre de confianza.

GAL. Y ese hombre de confianza, quién pudiera ser?

JUD. Tú.

GAL. No señor, no; yo no puedo aventurar mi vida ó mi libertad... Yo, que espero á que heredeis el inmenso caudal del duque, vuestro primo, para poner precio á mi silencio.

JUD. Cualquiera otro que tú seria menos previsor y mas atrevido.

GAL. Pero no menos peligroso; porque no encontrareis jamás un hombre que, cogido en el acto, y puesto en el tormento, no consienta, por salvar su vida, en declarar que Judael de Médicis es el instigador de su falta y principal delincuente.

JUD. Puede ser!

GAL. Pensais lo contrario?

JUD. Mira, esta es la llave (*le muestra una llave.*) que abrirá sin meter ruido el armario de Médicis, y, en cuanto al hombre que ha de servirse de ella, suceda lo que sucediere, no tengo que temer revelaciones ni palabras, porque hace quince años que tu veneno le paralizó la lengua.

GAL. Lázaro el mudo!

JUD. Ese mismo; nuestro preso, que no sabe hablar ni escribir, á quien hemos ofrecido mil veces traidoramente la libertad por una palabra escrita ó pronunciada, y que ha vertido tantas lágrimas de rabia sin poder soltar esa palabra que hubiera roto sus grillos; el mudo, á quien por compasion quise darle muerte cuando volvió Cosme de Médicis, y concediéndole despues la vida, haciéndole llevar de la cárcel de Pazzi á la del palacio de Médicis, porque un presentimiento me decia, que en algun caso pudiera serme útil, y este caso ha llegado, porque trato de ofrecer á Lázaro, que oye bien y sabe hacer las cosas sin hablar, la libertad en recompensa de la arquilla de Médicis.

GAL. Confieso que teneis sumo ingenio.

JUD. Pues te figurabas, insensato, que yo, veinte años hace soñando con la riqueza de Médicis: que yo, habiendo hecho asesinar á su hermano Antonio, el inmediato heredero, no lograria destruir un pedazo de pergamino que hoy me deshereda?

GAL. Y cuándo os aventurais á la empresa?

JUD. Esta noche... No reparaste que hice beber á Médicis de aquel vino de España que le produce un sueño profundo y pesado?

GAL. Y el capellan que vela?

JUD. Dentro de una hora no estará allí.

UN GUARDIA. (*entrando por la galeria de la derecha.*) Señor...

GAL. Alguno!..

EL GUAR. (*á Judael.*) Vengo de cumplir vuestra órden: el mudo está en esa galeria.

JUD. Que entre. (*el guardia sale.*)

GAL. Ya!

JUD. Bien ves que no habia yo aguardado á que me ayudases; y ahora si yo tuviera necesidad de ti...

GAL. Disponed de mi como gusteis.

JUD. El mudo! Vete y espera, que pronto te llamaré.

(Galeotto sale al mismo tiempo que el guardia trae á Lázaro, cuya cabeza indica el padecimiento y la vejez, vestido con una especie de saco de lana roto, y todo en él indica el sufrimiento y la resignacion.)

Los instantes son preciosos; manos á la obra, y séame propicia la suerte! (*á los guardias.*) Despejad. (*Galeotto y los guardias se retiran.*)

ESCENA VII.

JUDAEL, LAZARO, *y despues* GALEOTTO.

JUD. (*á Lázaro despues de sentarse á la derecha.*) Acércate y escúchame atento, porque para cada uno de nosotros, mis palabras serán graves y solemnes.... (*Lázaro muestra escuchar con suma atencion.*) He permitido que salgas del oscuro calabozo donde quince años hace estás encerrado... No te trae esto á la memoria la pasada libertad, muerta para tí, sin esperanza... que yo, yo solo, puedo hacer revivir?.. (*Lázaro junta las manos suplicando.*) Voy á decirte á qué poco precio puedes comprarla... (*Lázaro, agitado, se inclina para oir mejor.*) Toma esta llave y entérate de lo que has de hacer con ella. (*Lázaro toma la llave. Judael señalando á la puerta de los aposentos de Médicis.*) Al fin de ese corredor largo, que á uno y otro lado adornan estátuas de mármol, está un aposento ricamente alhajado con cuadros, armaduras y telas bordadas de oro; en el que arde una lámpara de alabastro suspendida y apoyada en la pared de la izquierda: debajo de un Cristo de ébano está un armario de madera labrada, cuyas puertas abrirás con esa llave: en la segunda tabla encontrarás una arquilla de bronce chapeada de oro; la tomas, la traes, y cuando la hayas puesto con toda fidelidad en mis manos, estás libre. (*Lázaro sin vacilar, vá con rapidez hácia la puerta.*)

JUD. (*deteniéndole.*) Aguarda... A dónde vas?

LAZ. (*le muestra la llave, indica el sitio, y hace comprender que se apresura á cumplir lo que acaban de mandarle.*)

JUD. (*trayéndole al medio de la escena.*) Aguarda, te digo, insensato... A esta hora, un capellan que reza en el aposento, te prenderia al entrar...

LAZ. (*sobrecogido como el hombre que comprende que se le manda hacer un robo.*)

JUD. Reflexiona que detrás de las telas bordadas de oro que te he señalado en el aposento, hay un hombre dormido... Ven, que todavia no es hora... Ven por aqui. (*dá algunos pasos.*)

LAZ. (*permanece inmóvil.*)

JUD. (*volviendo.*) No vienes?

LAZ. (*sacude la cabeza con violencia en señal de no ir.*)

JUD. Rehusas?..

LAZ. (*en respuesta, arroja á los pies de Judael la llave del armario.*)

JUD. Desdichado!.. (*conteniéndose y recogiendo la llave.*) Yo me arrebato... necio de mi. Tu no sabes lo que voy á mandar ahora, y si no cumples mis órdenes, te haré llevar á un calabozo donde mañana habrás muerto ya.

LAZ. (*permanece impasible.*)

JUD. Te figuras tú que si te mandé venir y te dije mi secreto, es para que hagas burla de mi?

LAZ. (*le hace entender que siendo mudo no podrá abusar del secreto.*)

JUD. (*con calor.*) Bien lo sé; cierto es que nada puedes decir, pero no gusto de altanerías ni desprecios, y reflexiona que basta una señal, una sola mirada mia para hacerte arrastrar al calabozo, que yo convertiré en tu sepulcro. Quiéres ó no quieres obecèrme?

LAZ. (*permanece inmóvil.*)

JUD. Pero no ves que tu negativa es la muerte en lugar de la vida?.. Pero tu no quieres la existencia, el aire, el sol, la libertad... Tú, cuyo corazon está paralizado como la lengua, y cuyo cuerpo es insensible como un cadáver?.. (*ap., separándose del mudo.*) Este hombre era mi único recurso, y me veo burlado... Cómo... cómo decidirle?.. Qué inventaré?.. Qué inventaré ahora?.. (*se sienta pensativo.*)

(Lázaro se coge la cabeza con las manos en señal de afliccion; y mirando en derredor de sí, como para despedirse de este asilo de libertad que pronto dejará... de improviso retrocede un paso, como herido de alguna conmocion violenta, al ver los retratos de Cosme y Nativa, que están á cada lado de la ventana en el fondo.)

JUD. (*que sigue sentado.*) No puedo quitarle la vida, porque toda mi esperanza es él. Le haré dar tan crueles tormentos, que luego se rendirá á mi voluntad. (*al mudo.*) A la prision, supuesto que asi lo has querido. (*vá á una puerta y llama.*) Galeotto!

LAZ. (*se apresura á detenerle, cogiéndole de la capa; le arranca la llave que tiene en la mano, y le dá á entender que está pronto á cumplir sus órdenes.*)

JUD. Consientes en ello?

LAZ. (*baja la cabeza para decir que si.*)

JUD. Abrirás el armario sin meter ruido y sin miedo?

LAZ. (*hace la misma señal.*)

JUD. Te apoderarás del arquilla?

LAZ. (*la misma señal.*)

JUD. Te acuerdas bien de todo cuanto te he dicho?

LAZ. (*la misma señal.*)

GAL. (*presentándose.*) Llamábais, señor?

JUD. Si... ven con nosotros...

GAL. A qué vamos?

JUD. Ya lo sabrás.

GAL. Hay esperanzas?

JUD. No vá mal, pero todavia nos falta dar el golpe... Síguenos... por aqui, Lázaro, por aquí...

(le lleva de la mano. Lázaro permanece hasta salir, con los ojos clavados en los retratos. Al desaparecer ellos por la galeria de la derecha, entra Juliano por la galeria de la izquierda.)

ESCENA VIII.

JULIANO *y despues* NATIVA.

JUL. (*teniendo una carta en la mano, se acerca á la mesa, y mira al reloj de arena.*) Van á dar las doce... pronto vendrá... estoy por felicitarme de esta imprudencia... porque hubiera sido muy duro para mi el partir sin haber vuelto á verla... (*viendola entrar.*) Aqui está!

NAT. Juliano!

JUL. (*corriendo hácia ella.*) Madre mia! Cuanto os agradezco que hayais adivinado, que antes de partir necesitaba despedirme de vos.

NAT. Pero, ante todo, hijo mio, dime por qué quieres partir.

JUL. Porque permaneciendo cerca de vos, madre mia, seré mal hijo.

NAT. No te entiendo...

JUL. Ah! ni lo procureis tampoco... Estad cierta solo de la absoluta necesidad de mi partida, supuesto que yo mismo me condeno á ella.

NAT. Pero, de esa necesidad... quiero saber la causa.

JUL. No me la demandeis... no, no quiero haceros partícipe de desgracias, de horrores...

NAT. (*con precipitacion.*) Quiero saberlo... todo, habla, Juliano, ó dudaré de tu cariño.

JUL. Dudar de mi cariño!.. Vos no sabeis, madre mia, los acontecimientos siniestros que yo he visto en Roma... Yo he visto, madre mia, un suplicio terrible, no acompañado del sacerdote que confiesa, ni del verdugo que mata, porque el cadalso era la ciudad de Roma; el verdugo la muchedumbre; la cuchilla la calumnia, el ultrage y el infortunio.

NAT. Y quiénes eran las victimas?

JUL. Una madre y su hijo.

NAT. Pues qué habian hecho?

JUL. Se habian amado en secreto... como vos, madre mia; esa muger fué al fin la esposa de un opulento y poderoso señor italiano, y recogió secretamente á su hijo. La imprudencia de este y de su madre no tardó en dejar entreveer el secreto, ni tardaron los hombres en querer publicarlo... el hijo, que debia salvar á su inocente madre de la deshonra, les acomete con denuedo, pero se le rompe la espada contra otras diez y muere en el duelo.

NAT. Jesus!

JUL. (*prosiguiendo.*) Por la mañana, como la infeliz madre lloraba á su hijo, el señor, su esposo, habla con altanería del honor de la casa, y despues de haber insultado á su esposa, la repudia delante de todos.

NAT. Pobre muger!

JUL. Y de alli á pocos dias, esa madre desventurada... muere á manos del dolor, ó envenenada quizá...

NAT. Y has visto eso, tú mismo?

JUL. Si, madre mia, yo he visto al hijo muerto... yo he visto pasar el entierro de la pobre muger á quien llevaban, sin acompañarla el afecto ni las lágrimas de nadie. Y pensando en vos, madre mia, que pudierais morir un dia por vuestro amor á mi... me dige, Juliano, tú estabas casi solo en el mundo, cuando tu madre, guiada por ese poder maternal, te reconoció en tu pobreza... Entonces te dijo: hijo mio, te hago partícipe de un secreto que no revelarás ni á tu misma esposa... te dijo: hijo de un valiente, lleva una espada como tu padre... En fin, vos me habeis tenido esa ternura maternal que nada estingue, que nada altera; ese amor que es el amparo del alma en zozobra, y culto del corazon, no es verdad, madre mia?

Nat. Si, hijo mio, es un amor tan suave como la esperanza, tan grande como la eternidad.

Jul. Y en recompensa quisiérais que mi cariño imprudente os diese la deshonra y la muerte?.. No, no será así, madre mia; la desgracia de los otros me hace presentir la vuestra; yo partiré, aunque el dolor me despedace el corazon... Si, partiré, porque Dios me ha dado armas para desafiar á la muchedumbre curiosa y desapiadada... la prudencia, la fuga y la resignacion. Y tambien la voz de ese hijo asesinado, de mi desventurado hermano, que me dice siempre: tu madre te adora, vela por su honor... El mundo os mira y procura descubriros. Separados ambos, tendreis el recuerdo que hace vivir; juntos, la felicidad que mata... Esa voz, madre mia, la oigo á cada instante, la oigo mas sonora y tremenda, ahora que nuestras lágrimas van á mezclarse... y ya lo sabeis, madre mia, por qué me quiero ausentar de Florencia y volver á Roma.

Nat. (*con resolucion y llorando.*) Parte, hijo mio... parte, alma noble...

Jul. Os lo agradezco, madre mia; madre santa, que me ayudais á cumplir con el deber... Ah! pero no lloreis mas...

Nat. La fortaleza viene de la razon, pero las lágrimas salen del corazon... No me las vituperes, hijo mio; reflexiona que tu presencia era el solo contento que yo tenia en el mundo... y Dios no quiere concedérmelo. Parte, hijo mio.

Jul. A Dios, madre mia!.. Qué cruel instante el de separarnos!.. Ah madre mia, madre mia! recordadme los peligros...

Nat. Si, Juliano... si, yo te daré valor... Mira, ya no lloro; quiero adelantarme á tí, ven, sígueme... (*sube la escena, y se para llorando.*)

Jul. Qué teneis, madre mia?

Nat. Me faltan las fuerzas. (*se arroja llorando en sus brazos.*) Ah, hijo mio. . hijo mio!..

Jul. Valor... valor... madre mia... si yo tambien me rindo á la pesadumbre, si desmayo... pero no... el recuerdo de los que murieron me alienta, venid!.. Madre mia! venid. (*se lleva á su madre por la galeria de la izquierda. Judael, acompañado del mudo, aparece por el lado opuesto.*)

ESCENA IX.

JUDAEL, LÁZARO *y* NATIVA.

Jud. (*llevando á Lázaro hácia la puerta que dá entrada á los aposentos de Médicis.*) Ven... ese es el camino... vé sin miedo, y no metas ruido... anda... anda á lograr tu libertad... (*el mudo sale; Judael siguiéndole con la vista.*) Anda, idiota, de quien depende la suerte de muchos. Ya llega al cuarto del duque, ya levanta la tapiceria... ya no le veo! Esta es para mi la hora de zozobra y de espera. (*se apoya pensativo en el sillon.*)

Nat. (*entra de la galeria por el lado opuesto, deteniéndose junto á la puerta.*) Partió... y ya su pobre madre sin consuelo puede llorar. (*oculta con dolor la cabeza en las manos.*)

Jud. (Estoy impaciente... me parece que el mudo tarda mucho en venir... Si el tal Lázaro se pierde en la oscuridad del palacio, y dá consigo en el camino donde están los centinelas...)

Nat. (Dios mio, guiad al hijo de mis entrañas fuera de las avenidas de palacio... Si el pobre, que va perturbado, le llegan á ver los centinelas!) (*se oye un tiro en el fondo. Despavorida.*) Jesus!

Jud. (*estremecido.*) Qué será esto? (*los dos corren á un mismo tiempo hácia la ventana del fondo y se encuentran en el momento de abrirla. Con pavor.*) Quién está aqui?

Nat. (Judael!)

Jud. (La duquesa!)

Nat. Vos aqui?

Jud. (*turbado.*) Si, señora. Yo vigilaba, cuando el ruido de un arma de fuego...

Nat. (*empujando la ventana.*) Qué sucede? Mirad. (Ah, desventurado hijo!)

Jud. (*mirando.*) Qué oscura está la noche! Los centinelas han hecho fuego sobre un hombre....

Nat. Que le habrán muerto acaso.

Jud. No señora, me parece que le veo, vá con ellos. (*ap. retirándose del balcon.*) (A bien que el mudo no hablará! Pero el arquilla!...)

Nat. (*ap. y dando algunos pasos.*) No, yo no puedo dejarle así. (*deteniéndose de pronto.*) Y si voy á consumar su perdicion!..... Debo ser cauta en este trance.)

Jud. (Cómo engañar á los arqueros?)

Nat. Qué habrá hecho ese hombre?

Jud. Señora, yo no sé; algun ladron.

Nat. Y qué suerte le aguarda?

Jud. La cárcel ó la muerte.

Nat. (*con horror.*) La muerte!

Jud. Y voy, como gobernador que soy de palacio, á mandar encerrar el culpable.

Nat. Aguardad; Judael.

Jud. (*volviendo.*) Qué mandais, señora duquesa?

Nat. Una palabra.

Jud. Decid, señora.

Nat. (Dios mio, sacadme de este trance.) Esta noche, Judael, yo velaba orando para que Dios concediese al duque mi esposo la esperanza y la salud, cuando el estruendo de un arma de fuego vino á interrumpir mi oracion, y sabeis el dicho de que la oracion que una desgracia interrumpe, Dios no la oye... Disculpad mi flaqueza ó mi supersticion; pero el prender á ese hombre, me parece de mal agüero; y yo no sé qué presentimiento fúnebre me dice que si le prenden morirá, y que su muerte ha de traernos alguna desgracia.

Jud. La sangre derramada, señora, jamás produjo bienes.

Nat. No es verdad, Judael? Y para la tranquilidad de mi ánimo, para conjurar el destino adverso, quiero, Judael, que á ese hombre se le ponga en libertad.

Jud. (Si su temor ó su piedad pudiera servirme...)

Nat. Y lo espero de vos, Judael! Vos, que sois el gobernador, y tambien el señor, cuando el duque de Médicis duerme.

Jud. (Esto vá bien.) Me ocurre un medio que á todos nos pone á cubierto.

Nat. Cuál?

Jud. Si ahora mismo digo de vuestra parte á los arqueros que el hombre á quien han cogido no es un delincuente, sino uno de vuestros mensageros secretos, á quien deseais ver otra vez; os le traeré, sale por vuestro aposento, y mañana los arqueros avergonzados de su torpeza, tendrán buen cuidado de ocultársela al duque de Médicis, cuyo sueño no ha sido interrumpido, y nada sabrá de cuanto ha pasado.

Nat. Decis bien.

Jud. (Asi me darán el arquilla.) (*á la duquesa.*) No tendreis miedo de estar junto á ese malhechor?

Nat. Se lo advertiré á las mugeres de mi servidumbre, que no se apartarán de mi.

Jud. Son de fiar?
Nat. Yo respondo.
Jud. Pues hacedlo asi, en tanto que os traigo al fingido mensagero.
Nat. Y me librareis de un gran susto, Judael.
Jud. De que yo participaba, señora.
Nat. (Hijo mio, que á tanto te espones por tu madre, tu madre te salva!) (*entra con precipitacion en su aposento.*)
Jud. (*solo.*) La sensibilidad de la tortolita viene en ausilio de la ave de rapiña. A ti, duquesa, el ladron libertado, y para mi el arquilla y testamento... Poco ha estaba yo consternado; ahora, lleno de júbilo. Oh! riqueza, oh suerte! Los solos dioses á quienes yo inciensol

ESCENA X.

Judael y Galeotto.

Gal. (*entra precipitadamente.*) Gracias á Dios que os encuentro... Los arqueros acaban de prender á un hombre.
Jud. Han cogido á Lázaro.
Gal. Todo se perdió!
Jud. No lo creas. Ves corriendo á decir de mi parte al gefe de los arqueros, que su celo le ha hecho cometer una torpeza; que el preso es un mensagero de la duquesa, y que yo le mando traer aqui al instante, corre!
Gal. Pero cuando la duquesa sepa...
Jud. Todo lo sabe; anda aprisa!
Gal. Pero, señor...
Jud. Ejecuta mis órdenes y te haré rico, porque yo seré el heredero de Médicis! Anda, vé!.. (*vase Galeotto.*) Si, la duquesa todo lo sabe... Pero ignora, pobre muger, que el hombre por quien se interesa, es el que la despoja de sus riquezas. (*Lázaro, que ha entrado por la puerta de la derecha, en tanto que Judael dice esta última frase, le coge del brazo y le presenta el arquilla y la llave.*)

ESCENA XI.

Judael, Lazaro y despues Galeotto.

Jud. Ya! Estás solo?
Laz. (*gesto afirmativo.*)
Jud. Los arqueros no te han acompañado?
Laz. (*gesto negativo.*)
Jud. Estás herido?
Laz. (*gesto negativo.*)
Jud. Pues no eres tú quien acaban de prender?
Laz. (*gesto negativo.*)
Jud. Qué misterio será este? Empecemos lo primero por apoderarme del testamento. Yo sé el secreto del arquilla; (*la abre.*) el testamento... no está!.. un bolsillo... sequines!... y nada mas!
Gal. (*corriendo.*) Señor!... (*viendo á Lázaro*) El mudo!
Jud. Quién es el que han cogido?
Gal. Asombraos, señor; ahi le traen. (*Juliano se presenta con los arqueros por la galeria de la derecha.*)
Jud. Juliano!

ESCENA XII.

Los dichos y Nativa *que sale azorada de su aposento.*

Nat. Juliano! (*vá hácia él.*)
Jul. Señora!
Nat. (*alzando la voz.*) Os habian preso injustamente; llegad, Juliano. El abanderado estaba en palacio con orden mia.
Jul. (*á media voz.*) Qué haceis, madre mia?
Nat. (*á media voz.*) Salvarte, hijo mio! (*alto.*) Venid, venid! (*se lo lleva á su aposento.*)
Laz. (*dá un paso hácia ellos, se para cauteloso y permanece con los ojos clavados en la puerta por donde salen.*)
Jud. (*despues de haberlos visto salir.*) Oiga! Ya no estraño, duquesa, tu compasion. El testamento se me desliza... pero tu amante se descubre... (*á los arqueros.*) Al instante tomad todas las avenidas de los aposentos de la duquesa... y al punto que salga el abanderado, el gobernador, el gobernador Judael os manda que le prendais y le lleveis á la cárcel... Vigilancia os encargo... marchad. (*los arqueros salen.*) Duquesa de Médicis, las adúlteras no heredan al esposo que deshonran. No he podido coger el testamento, haciéndote guerra sorda; yo triunfaré acometiéndote en público... dueño soy de tu secreto... Galeotto, Lázaro, seguidme.

(Cuando va á salir, vé á Lázaro que permanece pensativo con los ojos fijados en la puerta de los aposentos de la duquesa; se acerca á él y le pega un fuerte golpe en la espalda.)

No quieres oir? (*señalándole con el dedo la galeria.*) Ves delante de mi! (*Lázaro, como el que vuelve en si, echa maquinalmente las manos atrás, y toma el camino que le indica Judael.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala bien alhajada en el palacio de Médicis. Puerta grande y ventana grande en el fondo. Puertas laterales á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Judael y Galeotto. *Al levantar el telon, Judael se pasea con impaciencia y vé llegar á Galeotto por el fondo.*

Jud. Vamos, que no te haces aguardar poco.
Gal. Asi es que traigo mucho que contaros.
Jud. Y yo tambien algo que decirte y órdenes que darte.
Gal. Esplicaos, señor.
Jud. Erramos la cuenta en un dia. Cosme de Médicis, la misma noche habia sacado del arquilla el testamento para leerle ó copiarle, qué sé yo?..
Gal. Qué nos importa?
Jud. Y como al despertar quiso volverle á poner en ella, notó la desaparicion del arquilla, que contenia cien ducados para... limosnas.
Gal. Medrados estamos! Nos viene á poner eso en mayor apuro, pues coincide con la declaracion falsa del abanderado que, por salvar la honra de su dama la duquesa, dice que se introdujo de noche para hacer un robo... Y tambien os diré, que Cosme de Médicis ha dado orden de que le presenten el preso, pues él mismo quiere tomarle declaracion.
Jud. Nada, es forzoso impedir el designio generoso de ese hombre que se finge reo, y empeña en atraer sobre si el castigo y la deshonra.
Gal. Si señor, lo que nos conviene es infamar al amante y su dama.
Jud. Y para dejar por embustero y falsario á ese Juliano, que se finge delincuente, tenemos una salida muy natural.
Gal. Cuál, señor?
Jud. Antes que anochezca presentar á Médicis el mudo

Lázaro. Le acusaremos de haber robado el arquilla, y nos será fácil probarlo, porque tenemos sobre él la ventaja del habla. Encontrado el ladron... se viene por sí misma la ocasion de aclarar el misterio y enterar á Médicis de la verdadera causa que trajo á palacio al abanderado.

Gal. Escelente pensamiento!

Jud. Quién viene?

Gal. (*mirando.*) Es el duque de Médicis.

Jud. Sígueme... aun no es tiempo de que yo le vea. (*se van. Cosme se presenta acompañado de un guardia por la puerta lateral de la derecha.*)

ESCENA II.

Cosme, *un* Guardia *y despues la* Duquesa.

Cos. (*al guardia.*) Me traereis aqui al abanderado Juliano. Habeis llevado la órden para que os lo entreguen?

El Guardia. Si señor.

Cos. Despachad, que yo aguardo.

El Guardia. (*antes de salir, vé venir á la duquesa.*) Os anuncio á la señora duquesa de Médicis. (*vase.*)

Cos. (La duquesa! Sin duda tiene ya la desagradable noticia de esta prision.)

Duq. (*entrando por el fondo.*) Os buscaba, señor.

Cos. (*con sorpresa.*) Qué teneis? Qué pálida! Los sucesos de esta noche os han causado sobresalto ó temor?

Duq. Si señor.

Cos. Maldecido sea el que os ha hecho padecer.

Duq. No maldigais, señor.

Cos. Teneis razon; jamás debe uno adelantarse á condenar.

El Guar. (*entrando.*) Señor, el preso aguarda fuera vuestra orden para entrar.

Cos. Que me lo traigan. (*el guardia sale.*) Ya lo veis, Nativa; yo mismo quiero hacer el interrogatorio; ayudadme vos, pues confio mucho en vuestra penetracion.

Duq. (Cómo justificarle, Dios mio!)

Cos. Ya está aqui el abanderado Juliano...

ESCENA III.

Cosme, *la* Duquesa, Juliano *y el* Guardia.

Cos. (*á Juliano que han traido dos guardias.*) Esta noche os habeis introducido de oculto en mi palacio, donde permanecisteis hasta la mañana, y os escapabais furtivamente, cuando por los arqueros fuisteis cogido. Qué motivo os trajo á deshora por mi casa? (*silencio de Juliano.*) No respondeis? Esta misma noche se ha hecho un robo en mi palacio, sabeis quién ha hecho el robo?

Jul. Yo.

Duq. (*con viveza.*) Eso no puede ser... No sabeis, Juliano, que los ladrones son por siempre jamás infamados por las leyes?

Jul. Quiera Dios que su deshonra no alcance mas que al delincuente!

Duq. Pero no sucederá asi... Vuestra deshonra no descargará el golpe sobre vos solo, pues teneis padre y esposa.

Jul. Si señora, (*suplicando,*) y por eso yo no pido perdon, sino misericordia, señor.

Duq. Si no es culpable, señor.....

Cos. Sin embargo, ya le ois, señora, él lo confiesa. (*á Juliano.*) Desdichado, qué pensabas hacer tú con ese oro, tú que no reflexionaste que la generosidad de Cosme bastaba para librarte de la deshonra?

Jul. Por piedad, señor, no me pregunteis mas.

Voz. (*entre bastidores.*) Quiero entrar, quiero verle.

Jul. La voz de mi padre!

Duq. (Su padre?)

Jul. Ah! compadeceos de mi, duque y duquesa, permitid que no vea á mi padre, que sabe ya mi deshonra.

Cos. (*abriendo una puerta de la izquierda, y dirigiendo la palabra á los guardias.*) Guardias, llevad á este hombre y permaneced junto á él. (*los guardias y Juliano entran. Cosme cierra la puerta.*)

Duq. (*llorando.*) (Yo espero en Dios que vé su generosidad.)

ESCENA IV.

Cosme, *la* Duquesa, Mateo *y despues* Silvia.

Mat. (*entra precipitadamente.*) Señor, escusad al anciano que osa llegar hasta vos, su única esperanza. Hasta este dia mi hijo habia merecido bien del cielo, y á pesar de eso... perdonad, señor... los sollozos me ahogan.

Cos. Volved en vos, anciano, y hablad; la señora duquesa y yo os escuchamos...

Mat. Señor, yo he servido de padre á un hijo que vuestra justicia puede deshonrar, y vuestra clemencia perdonar.

Duq. Todo se arreglará!

Mat. Sois sensible á la desgracia, señora... y sin embargo, vos que no teneis hijo, vos no sabeis sino la mitad de mis tormentos, porque ignorais que al descargar el golpe sobre Juliano, quitais la vida á mi desventurada hija, su esposa... Compadecedla. (*á Cosme.*) Señor, Juliano os ha quitado cien ducados en oro; su anciano padre os trae los suyos, y os deberá mas que la vida si salvais á su culpable hijo. (*va á poner un bolsillo sobre una mesa á la derecha.*)

Cos. (*adelantándose hácia la duquesa.*) Cien ducados! No sabia Juliano que su padre tenia ese oro?..

Mat. Ayer no lo tenia, señor.

Cos. Y qué has hecho para procurártelo?

Mat. Quince años hace, señor, algunas horas antes de su muerte, el padre de Juliano puso en mis manos una preciosa joya, que debia asegurar la suerte de su hijo. La conservé con cuidado hasta este dia; y esta mañana, sangrando el corazon, la he vendido á los judios, que me dieron por ella cien ducados, con los cuales quiero restituir el robo... Permitidme, señor, que haya hecho este sacrificio, vos á quien demando otro mayor... el perdon y el olvido del daño.

Cos. (Pobre anciano!)

Duq. (*con viveza á Cosme.*) El castigo de Juliano caeria sobre los inocentes, señor!

Cos. Y Dios verá propicio que hemos salvado el hijo por libertar al padre.

Duq. Y acaso no será culpable, señor!

Cos. Lo es, señora; que su arrepentimiento le alcance el perdon del cielo.

Mat. Señor, espero que usareis de vuestra clemencia con mi hijo.

Cos. Mañana yo le requeriré para que me devuelva secretamente la espada, y tambien secretamente le entregaré la orden para que salga de la Toscana. Tu hija y tú podreis acompañarle.

Mat. Gracias, señor! Yo le llevaré bien lejos, tan lejos que su memoria no llegará hasta vos. El trabajo y la pobreza no me cansarán nunca, pero la deshonra me hubiera dado la muerte. Mi hija, señor, está allí. detrás de esa puerta. Permitidla entrar! Ven, hija mia,

ven, Silvia. (*Silvia se presenta y la toma por la mano.*) Vé, híncate de rodillas ante el señor de Médicis; y échate llorando á los pies de la duquesa Nativa de Médicis; porque sino fuera por el duque y duquesa, en breve hubieras sido viuda, huérfana y deshonrada. Vé, hija mia, vé á dar las gracias á tus salvadores.

SIL. (*echándose á los pies de la duquesa.*) Ah! señora duquesa!

DUQ. Pobre criatura! (*bajo á Silvia.*) Juliano se justificará mas adelante.

SIL. No es verdad que si, señora duquesa?

COS. (*que ha ido á abrir la puerta de la izquierda.*) Y ahora, ven tú, Juliano, ven tú conmigo, desgraciado. (*le lleva dándole el brazo.*)

ESCENA V.

Los dichos, JULIANO *y despues* GALEOTTO.

JUL. Dios mio!

COS. Mira á tu anciano padre y tu esposa que lloran. Inclínate ante esas lágrimas paternales y libertadoras, porque sin ellas partias mañana á las galeras del Estado.

JUL. (*inclinándose ante su padre.*) Ah! padre mio!

COS. (*alzando los ojos al cielo.*) Y ahora el Todo-poderoso te conceda su santa misericordia. (*tomando á Silvia por la mano.*) Venid, acompañad á vuestro padre, y hasta mañana. Dadle ánimo.

MAT. Dios sea con vos, señor.

JUL. Adios, padre mio.

MAT. El duque ha permitido que podamos decirte: «Hasta luego, Juliano.»

DUQ. (Yo le justificaré, yo. (*Mateo y Silvia salen por el fondo.*)

GAL. (*entrando por la derecha.*) Señor, vuestro primo Judael de Médicis os pide audiencia.

COS. De aqui á un momento. Espera, Galeotto. (*á los guardias.*) Llevad á Juliano á la prision, y cuidado que nadie le tome declaracion ni le ponga esposas en las manos, ni haga nada sin espresa órden mia.

JUL. (Me pierdo, pero te salvo, madre mia.) (*los guardias llevan á Juliano por el fondo.*)

COS. Ahora, Galeotto, acércate y oye bien lo que te digo. Irás al barrio de los judios, pregunta á los mercaderes si han comprado una joya en cien ducados á un viejo que acabas de ver salir de aqui, cuyas señas fácilmente puedes dar; te harás con la joya para mi, cueste lo que cueste, y si me la traes antes de una hora, te pondré en la mano quinientos ducados.

GAL. Deciais que...

COS. Quinientos ducados... lo entiendes?

GAL. Si señor, pero me admira... por la genealogia que me costó trabajar seis dias...

COS. Te mandé dar seis escudos, no es verdad? Pues en una hora me habrás ayudado á hacer una buena accion, y en seis dias hiciste una senda impostura. Anda, y que venga Judael.

GAL. (*marchándose.*) Voy corriendo, señor.

DUQ. Qué pensais hacer?

COS. Devolver al anciano que no ha querido tomar el dinero, la joya que tanto echa de menos.

DUQ. Lo habia adivinado... Sois tan bondadoso!

COS. Duquesa, somos ricos, y nada mas..... Aqui está Judael.

DUQ. Os dejo, señor.

COS. Por qué? Yo no tengo secretos para vos:

ESCENA VI.

COSME, *la* DUQUESA, JUDAEL.

JUD. (*entrando por la derecha.*) Gran novedad, señor! El abanderado Juliano es inocente del robo cometido esta noche en vuestro palacio.

COS. (Qué es lo que dice?)

DUQ. Proseguid, Judael.

JUD. Acaban de prender, cuando salia de Florencia, á un hombre achacoso, á un mendigo que debajo de sus harapos llevaba escondida el arquilla robada.

COS. Pero si Juliano se ha declarado reo del delito!

JUD. No lo es, señor. (*en voz baja.*) En esto hay un gran misterio.

DUQ. Pero ese hombre... tomándole declaracion, se convencerán de que Juliano es inocente.

COS. Que le traigan.

JUD. Ya lo he mandado, pero en vano le hareis preguntas. Os he dicho que era un mendigo achacoso: es mudo.

COS. Mudo?

JUD. Si señor... y Galeotto le ha reconocido por haberle visto rondar hasta la noche el recinto de palacio. No cabe duda que él ha hecho el robo, y el abanderado es inocente.

COS. Juliano inocente!... Si fuese cierto! Qué alegria entonces para ese anciano que poco hace estaba tan afligido, y para su desconsolada hija?

DUQ. Señor, acaso no hayan salido todavia de palacio... Permitid que corra á buscarlos por si aun es tiempo... Me alegraré tanto de participarles la noticia que nos ha dado Judael!

COS. Id, duquesa, que no lloren mas y que esperen.

DUQ. Voy corriendo, señor. (*ap., al salir llena de alegria.*) Ah! por fin yo, yo misma les puedo asegurar que son inocentes. (*sale.*)

ESCENA VII.

COSME *y* JUDAÉL.

JUD. Se ausenta con oportunidad.

COS. Qué corazon el de la duquesa! Cómo se afligia por ellos, y como anticipadamente se regocija por su alegria!

JUD. Eso mismo os iba yo á decir.

COS. Quiero ver á ese mudo.

JUD. Ya le traen, señor; aqui está.

(Dos guardias se presentan; el uno tiene la árquilla, el otro acompaña á Lázaro, que entra por el fondo y se queda como estático examinando á Cosme de Médicis.)

COS. (*mirándole.*) Qué miseria! Qué honda huella ha dejado en su rostro el padecer! Mira, Judael!

JUD. Si señor, este hombre debe haber padecido... (*á estas palabras la vista del mudo se fija en Judael. Ap.*) (No es prudente que permanezcan mucho tiempo juntos.)

COS. Y Dios le ha rehusado la palabra?

JUD. Si señor.

COS. Pero acaso sabrá leer?

JUD. No señor.

COS. Cómo pudiera entenderme?

JUD. Ya discurriremos algun medio, pero importa probar sin tardanza la culpabilidad del mendigo y la inocencia de Juliano... lo haré en dos palabras revelándoos un secreto, y para esto no estamos solos. Mandaré llevar á la prision este hombre.

COS. (*señalando á la puerta de la izquierda.*) No... que entre alli... luego procuraré hacer que me entienda. (*á los guardias.*) Vigilareis á este hombre. (*los guar-*

dias y el mudo entran.) Ya puedes, Judael, descubrirme ese oculto misterio, ese secreto... habla.

Jud. Esta mañana hemos registrado cuanto habia en el aposento del abanderado, buscando la arquilla, y tomad lo que hallamos. (*le entrega un retrato.*)

Cos. El retrato de Nativa!

Jud. (*entregándole una carta.*) Y esta carta con la firma de Nativa Pazzi.

Cos. Con su firma?

Jud. Señor, en esa carta se dá al abanderado una cita por la noche... Señor, Juliano que no hizo el robo, ha pasado de oculto una noche en palacio.

Cos. (*alterado.*) Judael!

Jud. Y ahora comprendeis la afliccion de la duquesa cuando vió á Juliano comprometido, y el súbito gozo, cuando libertado?

Cos. Judael!

Jud. (*prosiguiendo.*) Comprendeis ya en qué aposento secreto el jóven ha pasado misteriosamente la noche?

Cos. (*furioso.*) Juda...!

Jud. (*con viveza.*) Tengo las pruebas; leed, leed. Para esta noche misma la duquesa le daba una cita. Yo no invento nada, escrito está, vedlo.

Cos. Oh desgracia! Venganza!

Jud. Si, venganza, señor!

Cos. (*entregado á la desesperacion.*) Ah! Judael! Ah! Dios mio! Dios mio! (*cae abatido en un sillon á la izquierda.*)

Jud. (*acercándose á él.*) Animo, señor, llamad en vuestro ausilio el enojo, no el abatimiento, y vengaos. Si, venguémonos, porque quien os ultraja, me ultraja; quien os falta, me ofende. Venguémonos, señor. Qué determinais con respecto á la duquesa?

Cos. (*levantándose y paseando por la escena.*) Una separacion...

Jud. Pública, no es verdad?

Cos. No, Judael. Cómo puede ser! Nativa mancillada, perdida... ella adúltera, deshonrada!

Jud. Quién lo hubiera imaginado, señor?

Cos. Nativa, la de la dulce voz, la del casto mirar! Viejo insensato que la contemplabas arrobado estrechándola la mano, temeroso de que el ángel no volviese á tomar el vuelo, y no te dejase para remontarse al cielo! Y la jóven que concedia al viejo una mirada cariñosa, daba á su amante largas y alegres noches!... Mi maldicion para tí, Nativa! La muerte para Juliano!... Dónde está?

Jud. En la prision.

Cos. Que venga.

Jud. Qué quereis?

Cos. Un duelo.

Jud. Un duelo!.. A vuestra edad!

Cos. Y qué importa mi edad? Si, mi mano temblaria quizá con la pesadumbre del hierro; pero hay duelos en que la suerte decide, y en ellos el destino no cuenta los años.

Jud. Y olvidais que el abanderado es hijo de un cualquiera, y quién sois vos, el duque de Médicis?

Cos. Verdad es que soy el duque de Médicis, y el hijo de un menestral que vendia sombreros en la plaza de la iglesia. Soy duque de Médicis, y sobrino de tu padre el picapedrero, que trabajaba en la cantera del puerto. Soy duque de Médicis, y por eso no puedo vengarme sin cargar mi conciencia con un cobarde asesinato. No, soy el duque de Médicis... En efecto, poseo yo solo, mas riquezas que los emperadores de Oriente, y con las naves que tengo dispersas en los mares, reunidas puedo formar un cerco á Venecia.... Pues bien, todo eso lo cambiaria, si fuese necesario, por la ropa de un mendigo para tener derecho á batirme con el hombre que la duquesa ha creido digno de su amor.

Jud. Y si os mata, señor?

Cos. Tú me vengarás, Judael... Ademas, bien ves que yo moriré antes de mañana acaso, que la sangre me ahoga... la cabeza se me vá... Que me traigan á Juliano; quiero batirme... La desesperacion es un puñal que entra con demasiada lentitud en el corazon... Quiero batirme. (*trata de salir por el fondo.*)

Jud. (*poniéndose delante de él.*) Señor...

Cos. (*luchando.*) Déjame.

ESCENA VIII.

Los dichos y Galeotto.

Gal. (*acudiendo por la derecha.*) Señor...

Cos. (*volviéndose.*) Quién viene aqui?

Gal. No he tardado la hora, señor, y traigo la joya.

Cos. Qué joya?

Gal. La joya vendida por el padre de Juliano. Aqui está, señor. (*pone la cadena en las manos de Cosme.*)

Cos. Esta cadena... pero... no es ilusion.... esta cadena es la mia.... la misma. (*á Galeotto.*) Es esta la que vendió aquel hombre?

Gal. Si señor.

Cos. Me la han robado!

Jud. *y* Gal. Robado!

Cos. (*triunfante.*) Ah, gracias á Dios! Nos habiamos engañado, Judael.... esta cadena me la ha robado Juliano esta noche... Nativa no es culpable.... Juliano decia verdad cuando se declaraba ser el culpable. Haré castigarle... á él y su padre, que pensaba sacar provecho del robo... Y ya vereis, ya vereis como Nativa no es culpable. Bien lo sabia yo. Se atrevieron á robarme cuando yo dormia, esos hombres! Porque mas de quince años ha que esta cadena no me abandonaba... la tuve siempre, noche y dia, aqui, oculta en mi pecho... (*con estupor.*) Dios mio! (*como se ha puesto la mano sobre el pecho, ha sentido la cadena. Se la arranca con violencia y terror, y se queda inmóvil, pasmado, con una cadena en cada mano.*)

Jud. (*á Galeotto.*) (Qué significarán estas dos cadenas?)

Gal. (Observemos, señor.)

Cos. (*reflexionando y mirando las cadenas.*) Justo!.... La misma cadena partida en dos! (*reflexionando.*) Oh Dios mio! Dios mio!.... Qué hice yo para sufrir en una hora tus mas crueles tormentos? (*se deja caer en una silla de la izquierda.*)

Gal. (*á Judael.*) (Esas dos cadenas indican al parecer algun suceso misterioso.)

Jud. (*observándole.*) (Asi lo creo.)

Cos. (*con voz apagada.*) Judael....

Jud. (*acercándose.*) Señor?

Cos. (*pensativo.*) Quédate solo conmigo.

Jud. Está bien, señor. (*bajo á Galeotto.*) Entra en ese aposento donde está el mudo con dos guardias. Despáchalos y hazle tú la guardia.

Gal. Eso me parece discreto, porque alguno de sus ademanes pudiera ser interpretado.

Jud. Ninguna precaucion está de mas. (*Galeotto entra en el aposento de la izquierda. Aparte y con inquietud.*) (Qué me dirá?) (*se acerca á Cosme.*) Ya estamos solos, señor.

Cos. (*alargándole la mano.*) Judael, tú eres mi único pariente y mi único amigo. Asi no debo tener reparo en manifestarte el hondo abismo en que Dios ha querido ponerme, y tú me ayudarás y socorrerás, porque tú me compadecerás.

JUD. En efecto, señor, debeis confiar en vuestro único pariente y vuestro único amigo.

COS. Escúchame atento, Judael... porque mi voz se apaga, y creo que mi última hora se acerca. El testamento mio, que puse en manos de la duquesa, deja todos mis bienes al hijo ignorado de uno de los hermanos Salviati, que dieron cinco vidas de héroes en pago de una deuda de gratitud.

JUD. (Qué es lo que dice?)

COS. Pues bien, ese hijo ignorado, que yo no esperaba hallar, acabo de encontrarle hoy.

JUD. Cómo! El heredero de todos vuestros bienes?

COS. Si.... esta cadena, la sola señal por la que debia conocerle, acaba de descubrírmele.... y Juliano, el abanderado, es el hijo de Juliano Salviati, muerto en mis brazos legándome á su niño.

JUD. Juliano!

COS. El mismo, él, la criatura por quien yo rezaba todos los dias, y por quien hace quince años que amontono tesoros sobre tesoros... El, á quien debo á todas horas abrir mi casa y darle el sitio de preferencia en mi hogar.

JUD. Pero la duquesa le ama.

COS. Esa es, Judael, la desgracia que Dios hace pesar sobre mi cabeza encanecida, y me lleva desolado á la tumba. (*se apoya llorando en Judael.*)

JUD. Animo, señor. (Todo lo pierdo si se me queda muerto!.... Adios testamento!)

COS. Conviene, Judael, que yo huya, que abandone la Toscana. Tú me acompañarás, no es verdad?

JUD. Si señor, y no me apartaré de vos.

COS. No debo ver mas á Nativa, su presencia me arrancaria mi último suspiro... Ay Dios! La amaba tanto!..

DUQ. (*entre bastidores.*) Señor...

COS. (*perturbado.*) Ya está aqui!

JUD. (*sosteniéndole.*) Animaos, señor.

ESCENA IX.

COSME, JUDAEL *y la* DUQUÉSA.

DUQ. (*entrando.*) Señor, el padre y la esposa de Juliano.... Ahí están.... No es verdad, señor, que á Juliano nos le devolverán?

COS. (*esforzándose.*) A vos... Nativa... (*quiere andar.*) Juliano! (*se tambalea.*)

DUQ. Señor, qué teneis?

COS. (*buscando la salida por la derecha.*) Arráncame de aqui, Judael! Llévame. (*se desmaya en los brazos de Judael, junto á la puerta.*)

DUQ. Socorro!... Socorro!... Venid!... (*varios criados salen del aposento de Médicis, le sostienen y le llevan á su aposento.*)

JUD. (*á otros criados que aparecen en el fondo.*) Corriendo, avisar al médico de palacio... Pronto! Pronto!

ESCENA X.

JUDAEL, *y despues* GALEOTTO.

JUD. (*luego de haber cerrado la puerta, se presenta en escena consternado.*) Qué! Sus secretos cuasi muertos reviven cuando el anciano espira... Por vida mia que he de luchar aun; solo heredan los vivos, y yo seré osado como la fortuna, veloz como el pensamiento. (*va con ligereza á la puerta en segundo término.*) Galeotto!

GAL. (*presentándose.*) Estais solo?

JUD. Solo.

GAL. Y el duque?

JUD. Está desmayado, muerto ó para morirse, y acaba de revelarme...

GAL. Lo sé todo, porque desde ese cuarto, aplicando el oido á la puerta, no he perdido una sola palabra.

JUD. Pues entonces comprenderás al momento que la noticia de la muerte del abanderado debe llegar al mismo tiempo que la de la muerte del duque de Médicis.

GAL. Si señor.

JUD. Anda, baja á las prisiones, emplea contra Juliano indefenso, el puñal ó el veneno... y mañana echaremos la culpa á su flaqueza ó su desesperacion. Anda.

GAL. Pero señor, y si el duque vuelve del desmayo? Y si mañana quiere ver á ese heredero, á ese preso?....

JUD. Sabrá su muerte.

GAL. Y verá en su cadáver las señales de una muerte violenta... Y què seria de mí, de mí, el único que se habrá acercado á él?

JUD. Cierto, pero si el duque muere qué se hace?... Oh Dios mio!... Ah!... Baja á las prisiones, prepara todo para la muerte del abanderado, y yo te haré saber la suerte de Cosme de Médicis.

GAL. ¿Pero quién me llevará el aviso que no sea un testigo que deponga contra nosotros? Miradlo bien, señor.

JUD. Verdad es.... (*se pasea con inquietud. Parándose repentinamente.*) Atiende, voy á ver al duque; si presenta señales de vida, si los médicos tienen esperanza.... (*señalando á la ventana.*) vendré á dar por la ventana la voz de vigilancia nocturna á los arqueros de palacio; esta voz, repetida de centinela en centinela, llegará hasta el fondo de las prisiones, y sirve de aviso para anunciarte la salud de Médicis. Protege entonces la vida del abanderado.... Pero si antes de una hora los centinelas no hablan, que muera, porque ese silencio te dice que Cosme no vive ya.

GAL. Bien, señor.... bien pensado, porque la voz será la señal de salud y el silencio la de muerte... y el silencio no podrá deponer como testigo contra nosotros.

JUD. Ya veo que lo has entendido bien.

GAL. Si señor... si oigo la centinela dejo estar á Juliano.

JUD. Y si dentro de una hora no has oido nada?

GAL. Su muerte sin tardanza.

JUD. Anda, pues.

GAL. Voy allá. (*parándose.*) Y el mudo que está alli, solo, sin guardias? (*señala la puerta.*)

JUD. Dices bien. Darás á los hombres de armas la órden de llevarle á los calabozos, pues no quiero permanezca en palacio.

GAL. Estoy al cabo de todo. Ahora espero con una cuarta de oido la señal.

JUD. Y ya sin testigos, sin ageno auxilio, podemos desafiar los acontecimientos.

GAL. (*subiendo la escena.*) Vos junto al duque.

JUD. (*siguiéndole.*) Y tú junto al abanderado.

GAL. Daos prisa!

JUD. Vete tú! (*Galeotto sale por el fondo.*)

ESCENA XI.

JUDAEL, *solo.*

Ya desvanecidos tus escrúpulos, Galeotto, no llegará á tus oidos, suceda lo que sucediere, la voz de los centinelas; viva ó muera Cosme, es forzoso que Juliano deje de vivir... El anciano por el juramento que hizo, acaso perdonará al culpable, pero de la tumba no vuelven jamás los que murieron... Satanás ha decidido... Una hora te queda, silencio mortal.... descarga confiado el golpe, Galeotto... yo... voy á compadecer ó llorar á Médicis. (*entra en el aposento de Cosme.*) (Lázaro entra con lentitud; su agitacion hace compren-

der que todo lo ha oido; corre á la puerta por donde ha salido Judael. y la encuentra cerrada. Abre poco á poco la puerta del fondo, en ademan de asegurarse que nadie viene; despues, como herido de un pensamiento repentino, corre con rapidez á la ventana del fondo, la abre con violencia, se abalanza al balcon, y dice con voz clara y fuerte:)

LAZ. Arqueros de palacio, velad!

LA VOZ DE LOS ARQUEROS. Arqueros de palacio, velad! (*mas lejos.*) Arqueros de palacio, velad!....

LAZ. Judael, la señal libertadora llega hasta el fondo de las prisiones. (*última voz lejana de los centinelas.*) Alabado sea Dios! Quince años hace que no digo palabra, pues pronunciada una sola, hubiera muerto el dueño de tu tremendo secreto.... (*con enagenamiento é invocacion.*) Dios de justicia, que no habeis jamás estinguido en mí la esperanza de la libertad y de ser vengado.... que me habeis concedido el poder de sujetar con una voz el brazo de los asesinos... llegó ya, Dios mio, el dia solemne de la venganza?

(La puerta del fonda se abre. Los soldados que envia Galeotto se presentan y hacen la señal á Lázaro, que se resigna á seguirlos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala en el piso bajo del palacio de Médicis, la cual avecina y precede á las prisiones, construida de piedra; puerta grande en el fondo; dos puertas laterales á la derecha, la mas cercana al público es enrejada; á la izquierda, puerta lateral en primer término; ventana grande con barrotes de hierro en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

JUDAEL, LAZARO *y un guardia;* JUDAEL *está en primer término, Lázaro de pies junto á la ventana, y un guardia cerca de* JUDAEL.

JUD. (*al guardia.*) Al momento harás disponer una barca con dos hombres á los remos, y cuatro arqueros para llevar con sigilo esta noche misma al preso Juliano á las prisiones del arsenal. Marchad... (*el guardia sale por la izquierda.*) En esas prisiones, lejos del palacio de Médicis, hago aun mejor mi voluntad... (*á Lázaro.*) Hola, Lázaro! Ves siempre en esa casa á la jóven? (*Lázaro hace ademan afirmativo.*) Es decir que Mateo está todavia en el palacio de Médicis, y despues de mas de dos horas, cuál puede ser el objeto de tan larga conferencia con el duque?... La muerte de Juliano hubiera sido contra los amantes una prueba mas, y para mí el fin de todas mis inquietudes.... Pero Galeotto, con fatal prevision, le ha dejado vivir... Ahora, que ya sabe el restablecimiento del duque de Médicis.... me dice haber oido la voz de los centinelas, y yo no puedo decirle: mientes, Galeotto... Yo no puedo confesar que le tendia un lazo y provocar una esplicacion.

LAZ. (*que se ha ido acercando, le tira de la capa y señala á la ventana.*)

JUD. La jóven no está sola?

LAZ. (*ademan negativo.*)

JUD. (*dirigiéndose á la ventana.*) Su padre está de vuelta?

LAZ. (*ademan afirmativo.*)

JUD. Con efecto, ya los veo juntos! Mateo debe haber salido de palacio, y voy á saber del duque lo que ha pasado entre ellos. (*á Lázaro.*) Oye, Lázaro, te ofrecí la libertad, y aun estás preso, porque un acontecimiento, incomprensible para tí, ha trastornado todo; bien que tu cautividad no es hoy menos útil para mí que tu acusacion de ayer; pero á mas tardar, de aqui á dos dias eres libre, y entretanto no vuelves mas á esos horribles calabozos, te estás aqui.... Acuérdate bien que me has dado palabra de no responder con tus gestos ni ademanes á ninguna pregunta que te hagan, aun cuando fuese el mismo duque de Médicis.

LAZ. (*ademan afirmativo.*)

JUD. Cumple tu palabra, y antes de dos dias te cumpliré yo la mia. Ahora veamos al duque de Médicis. (*va á salir por el fondo y vé entrar á Galeotto.*)

ESCENA II.

JUDAEL *y* GALEOTTO; LAZARO *vá á sentarse en un escabel junto á la ventana.*

GAL. Señor, venid, venid..... que traigo importantes nuevas.

JUD. Pues qué hay?

GAL. Bien os lo decia yo esta mañana, que ademas de las pruebas que ya tenemos, no tardarian los amantes en suministrarnos otras.

JUD. Y qué has sabido?

GAL. La duquesa acaba de llamarme y ofrecido el mejor de sus diamantes, con tal que le proporcione en esta sala una entrevista secreta con Juliano.

JUD. Y has consentido en ello?

GAL. Ya os lo podeis figurar... Pero hay mas... He visto á un sargento de arqueros introducir en una de las salas del piso bajo al barquero, cuya barca está amarrada en la orilla del Arno, casi frente de palacio....

JUD. Tendrá ella el intento de hacer escapar á Juliano?

GAL. Sin duda, y lejos de oponernos....

JUD. Debemos prestarnos á ello.

GAL. Luego con gran estrépito hacemos prender al abanderado en el momento de escaparse, y probamos que su evasion era combinada y protegida por la duquesa.

JUD. Y tendremos otra prueba.

GAL. Y un nuevo recurso.

JUD. Bueno. He mandado aprontar una barca para llevarle á las prisiones del arsenal, y voy á disponer que algunos hombres se oculten y le cojan en el rio. Cuándo vendrá la duquesa?

GAL. Luego que sea noche.

JUD. Y el dia va pasando ya!... Anda, corre y que traigan aqui á Juliano.

GAL. Voy volando, y lo demas os toca á vos.

JUD. No tengas cuidado, Galeotto. (*Galeotto sale.*) Aun no pierdo la esperanza. Y si este Galeotto me engañase?... Guarda! que no es de fiar habiéndome fingido astutamente haber llegado á sus oidos la voz de las centinelas.... No estoy porque el criado sea mas avisado que su amo.... Acaso, seducido por la duquesa, intenta quitarme á Juliano... acaso el camino que me indica no sea el mismo por donde piensa hacer escapar á su amante.... Oye, Lázaro.... (*Lázaro se acerca. Señalándole la puerta enrejada en primer término á la derecha.*) Vas á entrar allí; al través de esa puerta podrás ver y oir, sin ser visto ni sentido, lo que pase en esta sala. Aqui traerán un preso, y vendrá en su busca una muger.... escucha bien cuanto digan y consérvalo en la memoria, sin olvidar una sola palabra. (No sé yo si luego sabrá decirme el camino que la muger haya indicado á Juliano.... No importa, yo entiendo perfectamente sus ademanes y su silencio...) Estás bien enterado? (*Lázaro le hace entender que si, sale por la puerta chica; Judael solo.*) Voy á preparar todo, y yo haré, Galeotto, que vigilen todos tus pasos. (*sale por la izquierda. Galeotto se presenta en el fondo seguido de familiares que traen á Juliano.*)

ESCENA III.

GALEOTTO, JULIANO y FAMILIARES.

GAL. Aqui, señor abanderado, vendrá la duquesa que alcanzó del gobernador la gracia de que fueseis traido á esta sala, donde os será mas llevadera la cautividad.

JUL. Agradezco á quien quiera que sea el haberme sacado del lóbrego calabozo, en que las horas de angustia me parecian eternas.

GAL. Dejémosle solo. (*á los familiares.*) Vámonos! (*sale con ellos.*)

ESCENA IV.

JULIANO, y *despues* LAZARO.

JUL. Me dejan solo.... Veamos, veamos qué dice este escrito misterioso que apenas he podido leer en la oscuridad de la prision.... (*desdobla un papel y lee.*) «Judael ha jurado tu muerte.... Esta noche te hará »trasladar á las prisiones del arsenal y allí perecerás... »Dentro de dos dias tendrás quien te socorra... busca »y halla entretanto algun medio de conservar tu vida.» Judael quiere hacerme asesinar!... Pero quién me habrá escrito este aviso?..... (*viendo á Lázaro.*) Un hombre!

LAZ. (*acercándose á él.*) Veamos qué medio has discurrido para escaparte.

JUL. Qué quieres decir con eso?

LAZ. Yo soy el que ha echado ese papel por el respiradero de tu calabozo.

JUL. (*procurando esconder el papel.*) Qué papel?

LAZ. No tengas cuidado, bien puedes confiar en mí, Juliano.

JUL. Y quién eres tú?

LAZ. Un preso!

JUD. Tu nombre?

LAZ. Aqui me llaman Lázaro; pero no es del caso que sepas ahora el misterio que me oculta, y escucha.... Judael no te acusa ya de robo.... te acusan de ser el amante de la duquesa de Médicis.

JUL. Qué infamia!

LAZ. No es verdad que es una infamia el acusar al hijo de ser amante de su madre?

JUL. Qué quieres decir con eso?

LAZ. Todo lo sé; no trates ahora de averiguar el cómo, y dime si puedes sobornar á tus asesinos.

JUL. Cómo? Si soy pobre.

LAZ. Con promesas...

JUL. No creerán en ellas.

LAZ. Pero, no tienes algunos amigos entre los oficiales de las prisiones del Estado?

JUL. Ninguno.

LAZ. Fuerte desdicha es!

JUL. Ah! Escucha!... Si, lo intentaré.

LAZ. El qué?

JUL. No pueden llevarme á las prisiones del arsenal sin hacerme atravesar el Arno.

LAZ. No.

JUL. Entonces, si Dios me ayuda....

LAZ. Qué harás?

JUL. Siendo yo niño, en Nápoles vivia á la orilla del mar; andaba con frecuencia muchas leguas á nado.... y los mas diestros no podian darme alcance... Esta noche me arrojaré de la barca al rio, y nadando entre dos aguas, burlaré á los remeros, que, si Dios me ayuda, en vano tratarán de cogerme: á favor de la oscuridad tocaré la orilla, y arrastrándome con las manos... entraré por fin en las calles desiertas de la ciudad, iré á enterrarme vivo en cualquier parte, hasta que Judael me crea ahogado en el rio....

LAZ. Pero si te sumerges en el rio, si te faltan las fuerzas....?

JUL. Dios decidirá.

LAZ. Y si los arqueros hacen fuego contra tí?

JUL. Dios sobre todo, Lázaro.

LAZ. No, yo no quiero que te espongas de esa manera.

JUL. Quieres que vaya á que me degüellen en las prisiones del arsenal.

LAZ. No!

JUL. Pues qué quieres que haga?

LAZ. No tengo valor para aconsejarte.

JUL. Pues yo quiero tener el de ejecutar. Acabas de decirme que acusan á mi madre, y yo quiero vivir hasta el dia en que pueda justificarla ó vindicarla.

LAZ. Y cuando publiquen tu muerte, cómo sabré yo si es verdadera ó falsa?.... Yo no podria vivir con esa horrible incertidumbre, porque Juliano, yo te quiero!

JUL. (*alargándole la mano.*) Si, me quiere quien me salva... y lo que dispongas haré. Dime de qué modo...

LAZ. (*llevándole á la ventana.*) Ven... ves esa casa?

JUL. Es la de Mateo, mi padre.

LAZ. Pues bien, si logras tu intento, á una señal....

JUL. Si, Lázaro, si Dios me lleva á ella... antes de abrazar á mi padre y mi esposa, acercaré una luz á esa ventana oscura que desde aqui estás viendo.

LAZ. Me lo prometes?

JUL. Te lo juro.

LAZ. Oigo pasos! (*corre á escuchar á la puerta.*)

JUL. Debe ser Judael.

LAZ. (*atravesando la escena.*) Que no me vea aquí! (*abriendo la puerta enrejada á la derecha.*) Dios sea contigo! No te olvides de la señal.

JUL. Te lo he jurado.... (*cierra la puerta tras de Lázaro.*) De dónde me viene esta divina providencia?... (*con inquietud, al ver entrar un guardia por la puerta de la derecha.*) Si ya vendrán á llevarme á las prisiones del arsenal? (*viendo entrar á Cosme.*) El duque de Médicis! (*Cosme hace una seña de inteligencia al guardia, que ha entrado delante de él. Sale el guardia.*)

ESCENA V.

COSME y JULIANO.

COS. (*ap. con afliccion.*) Dios mio! Sed testigo de mi fortaleza de ánimo... (*á Juliano.*) Abanderado Juliano, partid... teneis franca la puerta... (*abre la puerta por donde acaba de entrar.*)

JUL. Yo, señor?

COS. (*manteniendo abierta la puerta.*) Vos!.. Huid sin tardanza; la centinela que acaba de salir os guiará hasta la orilla del Arno; un barquero os aguarda... atravesareis el rio y hallareis á Mateo, vuestro padre adoptivo, que os dará los medios de salir sano y salvo de los estados toscanos... y os enterará del motivo que me hace obrar asi, y de la santidad de un juramento que os salva. . Idos.

JUL. Y qué falta he cometido que merezca vuestra compasion?

COS. Qué os importa? Estais libre!

JUL. Pero, señor...

COS. Os prohibo hacerme preguntas.

JUL. Obedezco.

COS. Y os mando que partais.

JUL. (Qué misterio será este?.. Ah madre mia, madre mia!..) A lo menos me permitireis...

COS. (*interrumpiéndole.*) Nada, Juliano, nada... al daros libertad, os he condenado á callar y partir.

JUL. Señor, obedezco. (*á una señal del duque, sale. El duque cierra la puerta.*)

ESCENA VI.

COSME, *y despues la* DUQUESA.

COS. (*solo, con desesperacion y resignado.*) Estais ya contentos, hermanos Salviati?.. Tenia derecho de muerte sobre vuestro hijo, y acallo mi furor legitimo y cruel... Ah! yo tambien acabo de tener generosidad y valor... No es cierto que he recibido honda herida en el corazon, y que tambien soy yo mártir? (*oyendo ruido.*) Quién puede venir aqui?

DUQ. (*entrando por la puerta de la derecha en segundo término.*) Juliano... soy yo... Dónde estás?

COS. (*reconociéndola.*) (Nativa!) (*se retira hácia el fondo.*)

DUQ. No está aqui!.. Cómo ha de haberme engañado? (*buscando con zozobra. Vé al duque.*) Cielos!.. El duque de Médicis!

COS. Si señora, el duque de Médicis, á quien habeis engañado y que os ha maldecido.

DUQ. Señor, sabeis ya?..

COS. Lo sé todo, señora; y cierto, no esperábais encontraros con vuestro juez aqui... Veniais á trocar con otro palabras de ternura y consuelo, y no aguardábais oir vuestra sentencia.

DUQ. Mi sentencia?

COS. Vuestra sentencia, señora.

DUQ. Y cuál es, señor?

COS. Que mañana salgais para siempre del palacio de Médicis.

DUQ. Me echais?.. Y Juliano?

COS. El!.. Solo á Dios, señora, debo dar cuenta de mis determinaciones.

ESCENA VII.

Los dichos y JUDAEL.

JUD. (*entrando azorado por la derecha.*) Señor. (*viendo á la duquesa.*) La duquesa!

COS. Que quieres, Judael?

JUD. Despues de haber recorrido vuestros aposentos, supe que habiais tomado el camino de las prisiones, y os buscaba, señor, para deciros, que yo, custodio del honor de los Médicis, he hallado traza de espiar sigilosamente los pasos de la señora duquesa, previsto y descubierto la fuga de Juliano por ella dispuesta, y apostado en el camino algunos hombres que le aseguren al paso y lleven á las prisiones del Arsenal.

DUQ. (Qué es lo que dice?)

JUD. Asi, á pesar de su insensato artificio, lograremos que en un mismo dia sean juzgados el amante y la muger adúltera.

DUQ. Adúltera!.. Justo cielo! (*al duque.*) Ah, señor! Jamás lo habeis pensado de mi... No respondeis? Si es una vil calumnia!

COS. Calumnia!.. Y vuestro retrato encontrado en su aposento?

JUD. Y vuestras citas por la noche?..

DUQ. (*acercándose con viveza á Judael.*) No acabeis... Y sois vos, señor, quien sin mas fundamento que las acusaciones de ese hombre, me haceis tal injuria? Vos quien me maldice?.. Lo podeis, señor; echadme, repudiadme, matadme, porque os he engañado... Pero Juliano es inocente... Os engañé, señor, porque nuestro casamiento era la salvacion de mi padre, y temia que un s creto impidiera que fueseis mi esposo... y entonces no habia vuelto á encontrar á Juliano; castigadme, señor, pero á Juliano, justicia y libertad!

JUD. (*con malicia.*) Si, para él justicia, señora!

DUQ. (*con energía.*) No es mi amante, Judael! Soy su madre.

COS. Su madre!

JUD. Su madre!

DUQ. (*hincándose de rodillas.*) Ya lo veis, señor, es inocente de la falta de Nativa Pazzi!

COS. Vos, su madre!.. Y es el hijo de Juliano Salviati!

DUQ. Muerto en vuestra defensa, señor.

COS. Si, muerto en mi defensa... Y sabeis las palabras que dije á Salviati cuando espiró en mis brazos?.. Le juré tomar por esposa á la muger que le hubiese amado, y á su hijo por mi hijo!

DUQ. (*alzándose.*) Vos, señor?

COS. Quince años ha que buscaba esa muger por todas partes, escepto en la familia de los Pazzi, nuestros enemigos... Y al cabo de quince años, forzado á contraer matrimonio para aplacar la guerra civil, la divina providencia me daba por esposa la viuda de Salviati, y cuando la desventurada madre se sacrificaba por su hijo, yo... yo la he dicho... Ten piedad de mi, Nativa!.. Perdóname, amada esposa!

DUQ. (*echándose llorando en los brazos de Cosme.*) Ah, señor, señor.

COS. (*estrechándola en los brazos.*) Oh, bien sabia yo, Judael, que no era culpable!

JUD. (Infierno!)

COS. (*á Nativa.*) Me perdonas, no es verdad?

DUQ. Ah! soy demasiado feliz para acordarme de lo pasado.

ESCENA VIII.

Los dichos y GALEOTTO.

GAL. (*entrando por el fondo.*) Señores, el abanderado Juliano...

COS. (*interrumpiéndole.*) Es mi hijo... el de la duquesa Nativa... Que le pongan en libertad... yo lo mando.

GAL. Señor, como hizo resistencia á los arqueros que le cogian en una barca, se precipitó en el rio, y no ha vuelto á parecer en ninguna de las orillas del Arno.

DUQ. (*consternada.*) Hijo mio!..

COS. Socorredle! Aun es tiempo de salvarle... Galeotto, Judael, á socorredle!.. A socorrerle!.. (*los empuja hácia la puerta del fondo.*)

DUQ. (*corriendo hácia ellos.*) Dejadme seguirlos, señor!

COS. (*deteniéndola.*) No, vos no, quedaos, Nativa... A los hombres el peligro, á las mugeres la oracion!.. A socorrerle!.. A socorrerle! (*sale empujando á los dos. Luego que salen, abre Lázaro la puerta de la izquierda y se presenta.*)

ESCENA IX.

NATIVA *y* LÁZARO.

DUQ. (*fuera de si.*) Hijo mio!.. Hijo mio! Ah! perecerá!.. Voy al rio!

LAZ. (*impidiéndola el paso.*) Juliano no ha muerto, señora.

DUQ. Qué decis?

LAZ. Antes que los arqueros debe haber llegado á la orilla del rio... y andar ó arrastrarse á favor de la oscuridad hasta la calle vecina que le guiará á casa de Mateo, su padre...

DUQ. (*con inquietud y desesperacion.*) Y para qué esa peligrosa tentativa?

LAZ. Para hacer creer que habia muerto, y por este medio librarle del puñal asesino de Judael.

DUQ. Ah! no me engañais?
LAZ. Digo la verdad, señora.
DUQ. Y esperais que Juliano salga con bien de esa lucha temeraria?..
LAZ. Como lo esperaba, señora, cuando quince años ha le recibí de vuestras manos y le llevé de la taberna, ocultándole debajo de la capa de Lázaro...
DUQ. Lázaro!
LAZ. (*inclinándose ante ella.*) Muger ó esposa de mi hermano, bendecida seais, hermana mia!..
DUQ. (*corriendo hácia él.*) Rafael!.. Tú, mi hermano... En esa horrible miseria!
LAZ. Esta miseria, hermana mia, ha servido para salvar á Juliano.
DUQ. Y eres tú su salvador?.. Tú, preso... Ven, Rafael, quiero llamar y decir...
LAZ. Deteneos, hermana mia... y partid sin que nadie sospeche que nos hemos visto... porque hace quince años que me tienen por mudo en esta prision maldita... Y si llegasen á saber que una sola palabra ha salido de mis labios, la muerte nos alcanzaria á entrambos... Parte! No me culpes si no he tenido valor para callar cuando necesitabas una palabra de consuelo.
DUQ. Si no, el dolor me hubiera quitado la vida.
LAZ. Asi me lo temia yo, hermana mia, y ese temor justifica mi imprudencia... Vete!.. Dios nos guie en medio de estos acontecimientos misteriosos y terribles... Dejemos obrar la Providencia, y no provoquemos combate ni venganza. Vete!
DUQ. Yo no me separo de tí, Rafael.
LAZ. Si te quedas, me pierdes.
DUQ. Ya me voy... pero cuándo te veré?
LAZ. Mañana!
DUQ. Dónde?
LAZ. En el palacio de Médicis.
DUQ. Alli estarás!
LAZ. Alli estaré... Idos, idos, hermana mia... (*la duquesa vá á salir y despues se detiene.*) A qué aguardais?
DUQ. No te habia abrazado, Rafael!
LAZ. (*alargándole los brazos.*) Ah, hermana mia!
DUQ. Hasta mañana..
LAZ. Hasta mañana!.. (*sale ella por la puerta, en segundo término, á la derecha.*)

ESCENA X.

LÁZARO, *solo, corre hácia la ventana.*

Y la señal?.. Todavia no, Dios mio! He hablado confiando en tu gracia y tu bondad, y ahora, si la señal de salud no aparece. . Ah! no me hagais aguardar, Dios mio! A estas horas Juliano debe estar muerto ó en salvo... y no veo la señal... He dicho á la madre que su hijo estaba vivo... y si yo la hubiese engañado!.. Oh Dios mio! nos le conservareis, no es verdad?.. Tengamos paciencia!.. Paciencia; tal vez habrá tenido que tomar largos rodeos para ir á la casa de Mateo; acaso no mas llega ahora á la calle donde está la casa... todo pudiera ser... Ea, paciencia, paciencia... pero en vano.. yo me entrego á la esperanza.... la pierdo... Ah! la señal!.. La señal!.. No es! (*se apoya en los hierros de la ventana. Cosme entra buscando por todas partes.*)

ESCENA XI.

COSME *y* LÁZARO.

COS. Nativa .. no está... Oh Dios mio!.. Quién la podrá consolar?.. Pobre Juliano!.. Ninguna noticia, ningun indicio!..
LAZ. (*viéndole.*) (El duque de Médicis...)
COS. Dónde está Nativa? Ah! todo lo debo temer de su desesperacion. (*viendo á Lázaro.*) Has visto salir de esta prision á la duquesa de Médicis?
LAZ. Si señor.
COS. Desesperada y fuera de sí, no es verdad?
LAZ. Cuando salió, señor, tenia esperanza y no lloraba.
COS. Pobre Nativa!.. Ah! tiemblo de hallarla... porque su esperanza, la desvaneceré con una sola mirada!
LAZ. No, no la veais todavia, señor, no la veais.
COS. (*mirándole con sorpresa.*) Pero quién eres tú, que me aconsejas?.. No eres tú el mendigo que me dijo esta mañana ser mudo?
LAZ. Si señor; engañé esta mañana á los arqueros y al gobernador Judael.
COS. Esta mañana tenia por ti compasion ó misericordia... (*se aleja.*)
LAZ. (De qué medio me valdré para que no vea á la duquesa?)
COS. (*dirijiéndose hácia la puerta de la derecha.*) Pero Dios te perdone, porque tu enfermedad no era mas que una impostura.
LAZ. (*esforzando la voz.*) Impostura cuya duracion viene desde la taberna de Santa Maria.
COS. (*volviéndose despues de haber abierto la puerta para salir.*) De Santa Maria?
LAZ. A esa taberna teneis mucho que agradecer. Pasásteis por ella durante el dia, pero cuando la noche vino...
COS. Qué sucedió?
LAZ. Largo es de contar, pero bien podeis oirlo... pues la duquesa espera todavia y vuestra demora conservará su esperanza... (Y no veo la señal!)
COS. Y qué sucedió en la taberna?
LAZ. Cuando vos habiais huido, yo entraba en ella y hallé al tabernero Giácomo luchando con la agonia del veneno... y Giácomo al espirar me reveló que moria envenenado por un hombre que en aquel mismo dia le diera oro para que matase á otro... Horrorizado juré, no vengar á Giácomo, sino al hombre que habia sido su víctida... y luego caí como el tabernero, porque yo tambien estaba envenenado...
COS. Y despues?...
LAZ. Al volver en mi, estaba echado sobre las baldosas de una prision... y sentí algunos hombres que hablaban en derredor mio; por largo tiempo su voz llegaba á mis oidos como un confuso rumor; pero poco á poco fue despejándose mi cabeza y pude oir que uno decia: Si vuelve á la vida procurad descubrir si sabe el secreto de Giácomo, y al primer indicio, que muera!... Otro le respondió que dos dias hacia era en vano preguntarme nada, porque yo no respondia, señal cierta de que el veneno hubo de paralizarme la lengua... Y á estas palabras debo el vivir; pues mi constante silencio afirmó á mis carceleros en su sospecha; y pasaron quince años que han dejado vivir al mudo, muerto si hubiese articulado una sola palabra..... Y Lázaro, esperando en Dios, se hizo mudo como la tumba, aguardando el dia de la resureccion.
COS. Y ese dia ha llegado?
LAZ. (*mirando á la ventana.*) Aun no. (*desesperanzado.*) La luz no parece!... Dios me abandona!
COS. Qué es lo que dices?
LAZ. Nada, señor, nada... No quiero ya consuelo ni venganza... no quiero mas que la muerte con el olvido de la tierra y del cielo.
COS. Por qué? Esplícate.

LAZ. Porque esa casa que miro sin cesar, está oscura y desierta, y esa oscuridad es la desesperacion de una madre y la muerte de su hijo... porque acabo de perder la recompensa de quince años de tormentos... porque el cielo es injusto y porque... (*se queda inmóvil y enagenado.*) Oh! no! perdonadme, Dios mio, que yo he blasfemado... Veo, veo! (*corre á la ventana.*) Es ilusion?.. Señor... (*hace pasar al duque junto á la ventana.*) mirad... (*fuera de sí.*) No veis un resplandor en esa casa?

COS. Si, acaban de poner una luz sobre esa ventana.

LAZ. Loado sea Dios!

COS. Y qué quiere decir esa señal?

LAZ. Que Juliano se ha salvado, señor.

COS. Qué dices?

LAZ. Está vivo, salvo, yo lo sé... os lo juro, señor.

COS. (*Haciéndole bajar la escena con estremos de alegría.*) El, Juliano, mi hijo salvado!... (*parándose repentinamente.*) Pero tú, quién eres tú?

LAZ. Quién soy? Mucho me deben haber desfigurado quince años de padecimientos... Quién soy! De los cinco hijos del labrador, queda uno.

COS. De los cinco hermanos Salviati?

LAZ. El mayor no ha muerto del veneno que bebió en la taberna de Santa Maria.

COS. Rafael?

LAZ. (*alargándole los brazos.*) Si, Rafael, padre mio... Rafael! (*despues de un momento de silencio, Cosme se echa en sus brazos.*)

COS. (*enternecido.*) Y yo no te habia conocido ahora..... á tí, al último de mis libertadores!.. Y quince años sepultado en esas prisiones, has podido sufrirlo sin venganza!

LAZ. Pero Dios me reservaba la recompensa, pues he salvado á Juliano.

COS. Oh! ahora, Rafael, no dudo que se salvará. Ven, salgamos de esta prision; mañana yo te vengaré; ven sin tardanza á dar tu mismo á la duquesa de Médicis la noticia de la salvacion de su hijo.

LAZ. Si señor, la duquesa la espera, pero es preciso confirmársela.

COS. Ven á que la pobre madre te bendiga. (*echan á andar.*)

LAZ. (*parándole.*) Tengo aun que deciros una palabra.

COS. El qué?

LAZ. Quereis saber quién fué la víctima asesinada por Giácomo?

COS. Quién fué?

LAZ. Antonio de Médicis, vuestro hermano.

COS. Antonio!

LAZ. Y quereis saber el nombre de la persona que pagó á Giácomo el asesinato de vuestro hermano?

COS. Iba á preguntártelo.

LAZ. Judael, vuestro primo, padre mio!

COS. (*con espanto.*) Judael!

LAZ. Ya Nativa de Médicis os aguarda inquieta; venid, padre mio, venid. (*se lleva á Cosme. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una sala del palacio de Médicis. Esta sala, de forma octogonal, debe estar toda ella cubierta con tapices, pero al mismo tiempo con lujo y bien alhajada. A la derecha ventana en primer término, y á la izquierda en primer término, puerta lateral.

ESCENA PRIMERA.

DUQUESA y JULIANO.

DUQ. (*sola junto á la ventana.*) La hora pasa y Juliano sin parecer!... A pesar de haberme prometido Mateo que le convenceria... acaso..... Siento pasos!.... Es él!

JUL. (*entrando despues de haber levantado un tapiz en segundo término, á la derecha.*) Madre mia!

DUQ. Juliano!... vivo, salvado!..

JUL. (*sobresaltado.*) Estamos solos?

DUQ. Nada temas.

JUL. Ya lo veis, madre mia... he librado de todos los peligros... Al decirme Mateo que mi presencia era el solo medio de convenceros que yo estaba con vida... no dudé un solo instante en tomar el camino oculto que me indicó, y ahora que ya he podido convenceros y consolaros, me vuelvo por el mismo camino.

DUQ. Todavia no, Juliano.

JUL. Y si lo notasen, si nos viesen juntos?... No sabeis que Judael se atreve á decir que yo soy vuestro amante?... Pero vivid tranquila; gracias á la estratagema que me oculta y con ayuda de Dios, que será justo, os libraré de ese hombre, que sino osaria infamaros á los ojos de toda la Toscana.

DUQ. Pero yo le desmentiria.

JUL. Y cómo? Publicando mi nacimiento, aceptando una deshonra por borrar otra? No, madre mia, gracias á Judael, todo el mundo cree en mi muerte; y cuando por mi esteis libre de él, no acusarán al amante de haber vengado á su dama, ni al hijo de haber combatido por la honra de su madre... Buscarán á su victorioso adversario entre los vivos... y me tienen por muerto, madre mia.

DUQ. Hijo mio, tienes el alma y el corazon de tu padre! Y sabes tú lo que yo mandaria á Judael si entrase aqui ahora y nos hallára juntos?

JUL. El qué, madre mia?

DUQ. Yo le mandaria, yo, la duquesa de Médicis, que cediese el paso al hijo de Juliano Salviati.

JUL. (*aterrado.*) Estais en vos? Si os oyesen!

DUQ. (*alzando aun mas la voz.*) Ya no temo á los espias ni los traidores... La desdichada madre por tanto tiempo resignada, puede ahora regocijarse y decirte: Levanta con orgullo la cabeza, hijo; porque estás aqui, en el palacio de tu madre, donde tienes el derecho de mandar, y tambien de imponer el castigo á Judael.

JUL. Qué decis?

DUQ. Si, hijo, y puedo tambien... mira como la providencia es justa! puedo decir, presentándote á todos los heraldos y servidumbre del palacio de Médicis: Saludad, señores, saludad á mi hijo.

JUL. Es locura!

DUQ. No hijo, es justicia... y en adelante podrás tú decirles al darme la mano: Soy el protector de Nativa de Médicis, bajad la cabeza, señores, y respetad á mi madre. (*Lázaro que ha levantado un tapiz en el segundo término á la derecha, entra y se queda en el fondo.*)

JUL. Cómo! yo puedo declarar que sois mi madre... ser vuestro apoyo... vuestra salvaguardia, y desafiar públicamente á Judael... Ah, es un sueño! No, no puedo creerlo!... Por Dios, madre mia, decidme la verdad!...

LAZ. (*acercándose.*) Es la verdad, Juliano.

JUL. (*volviéndose.*) Lázaro aqui!

DUQ. Ahora no se llama Lázaro, sino Rafael Salviati.

JUL. (*corriendo hácia él.*) El hermano de Juliano mi padre!

LAZ. Si, pero comprime un instante mas tus afectos... Como yo, sujeta el afan de tu ternura, porque esta hora que pasa, será para nosotros la de la lucha y la venganza. (*á la duquesa.*) Señora duquesa, Judael acaba de llegar á palacio... Como lo habiais previsto, al momento preguntó á los guardias si habian visto á Lázaro, y fieles á vuestras órdenes, le han dicho que yo estaba en esta sala, y que estaba solo. Vendrá al momento.

DUQ. Ven, Juliano, ven.

JUL. Qué pensais hacer?

DUQ. Ven, que ahora lo sabrás.

LAZ. Os aguardo en el sitio convenido.

DUQ. Ninguno faltaremos. (*á Juliano.*) Tu mano, hijo mio. (*salen prontamente por la tapiceria de la izquierda.*)

ESCENA II.

LAZARO *y despues* JUDAEL.

LAZ. (*solo.*) Y ahora, Dios omnipotente, acabad vuestra obra. (*reflexionando.*) (Judael, creyendo que el duque, si me llamó á palacio, fué para hacerme preguntas, quiere, asi lo dice, acelerar mi fuga, porque teme que yo le pueda perjudicar... Desea separarme de aqui por mera cautela... y por cautela mandará despues darme la muerte... Pero, Dios mediante, no lo conseguirá... Y cómo podré engañarle ahora? No verá pintadas en mi rostro la alegria y la esperanza? Ah! la alegria se desvanece con la memoria de mis padecimientos. Venid, paciencia mia y odio mio! Judael!.. él es... otra vez vuélvete mudo, Lázaro.

JUD. (*entrando por la tapiceria de la derecha.*) Lázaro! Aqui está. (*se acerca á él.*) Te ha hecho llevar á su presencia el duque?

LAZ. (*ademan afirmativo.*)

JUD. Te habrá hecho mil preguntas?

LAZ. (*ademan afirmativo.*)

JUD. Supongo que no me habrás vendido.

LAZ. (*ademan negativo.*)

JUD. Está bien... te ha dejado solo aqui?

LAZ. (*ademan afirmativo.*)

JUD. Pero le aguardas? Dijo que volveria?

LAZ. (*ademan afirmativo.*)

JUD. Debes dar gracias á Dios de que el duque te haya hecho venir á palacio, pues yo no le respondo de ningun preso desde el momento que le hace salir de la cárcel; y vas á gozar inmediatamente de la libertad, porque al punto me aproveché de su imprudencia para disponer tu evasion y cumplirte la palabra prometida. Y para no dar el golpe en vago, para que no te cojan antes que salgas de la Toscana, seguirás, sin dejarlo nunca, el camino que yo te indicaré, donde hallarás algunos protectores. (*Lázaro escucha con grande atencion.*) Saldrás por esta puerta: (*señala á la puerta en primer término á la izquierda.*) bajarás por la escalera grande de mármol; al fin de ella encontrarás á Galeotto que te echará encima una capa, te hará salir de palacio y te acompañará hasta la ciudad de Pisa; allí encontrarás un carruajero que te llevará hasta la frontera... y libre ya, podrás irte á Francia, donde mis beneficios te alcanzarán.

LAZ. (*hace un ademan en señal de gratitud.*)

JUD. Vé, Galeotto te aguarda... que la fortuna te sea propicia, Lázaro; vete, y sé feliz; olvida á Judael, á Florencia y sus prisiones... No vuelvas nunca á Toscana, y cuidado con que reveles nunca lo que has visto, lo que has oido, en fin, lo que tú sabes; pues entonces ¡ay de tí! Pero tu enfermedad me asegura de tu discrecion, y no necesito encomendarte el silencio.

LAZ. Y si no quisiera guardarle?

(Judael retrocede algunos pasos. Despues de un momento de silencio saca la espada para arrojarse sobre Lázaro; este saca la suya que lleva escondida debajo de la capa.)

Yo tambien estoy armado... nada de desafio... te mataria; ademas... un Salviati no se batió jamás con un hombre solo.

JUD. (*anonadado.*) Salviati!

LAZ. Si, yo soy... Rafael Salviati, que ha recogido el último suspiro de Giácomo, á quien pagaste el asesinato de Antonio Médicis, tu pariente.

JUD. Eras tú?...

LAZ. Y el que dió la voz de vigilancia á las centinelas para salvar á Juliano, que debia ser asesinado por tu mandato, era yo tambien, Judael!

JUD. (*temblando.*) Y ahora qué quieres de mi?

LAZ. Vengarme de quince años de padecimientos.

JUD. Y cómo?

LAZ. Entregándote al tribunal de Florencia.

JUD. Y dónde están tus pruebas?

LAZ. Mis pruebas?...

JUD. (*con aire satisfecho.*) No las tienes.

LAZ. Yo las encontraré...

JUD. Cuáles?... Tu declaracion?... Como acusador no puedes ser testigo... para condenar un hombre á muerte hay que presentar pruebas... tú sabes que por disposicion mia fué asesinado Antonio... pero Giácomo, que le descargó el golpe, está quince años hace sepultado en el cementerio de Fiesola... Tú sabes que he intentado matar á Juliano; pero Galeotto, mi único cómplice, no lo confesará, porque se perderia tambien. Reflexiónalo bien, Lázaro; es peligroso acusar sin pruebas, y lo mejor para ti es callar y partir.

LAZ. Y mi venganza?

JUD. Pero, qué piensas hacer?

LAZ. Quiero, aunque supiera perecer, formar una acusacion pública contra ti...

JUD. Te costará la vida.

LAZ. Quiero hacerte comparecer ante un tribunal.

JUD. Me burlaré de tu tribunal.

LAZ. Te burlarás? Pues bien, búrlate ahora.

(Corre á abrir una cortina grande en el fondo, y se vé el tribunal reunido y presidido por Cosme de Médicis, que está en pié delante de los demas jueces y junto á la duquesa de Médicis que está á su izquierda. A pocos pasos de él, á la derecha, se vé al verdugo.

JUD. (*consternado.*) Traicion!

(Quiere huir por la puerta de la izquierda; Juliano con la espada desnuda se presenta y le impide el paso. Judael se queda anonadado. A una señal de Cosme, el verdugo pasa con lentitud y se pone detrás de él.)

COS. (*á Juliano.*) Y ahora, Juliano, á mi derecha, tú, nuestro heredero. (*Juliano se pone á la derecha de Cosme*)

LAZ. (*triunfante.*) Demos gracias á Dios, padre mio, que ya fuimos vengados.

Junta de censura de los teatros del reino.—Es copia del original censurado.

NOTA. Esta comedia pertenecció al Editor *del teatro moderno español* DON IGNACIO BOIX, quien la cedió por medio de escritura pública al de la *Biblioteca dramática*: asi es, que resultan dos ediciones, la primera en 8.° marquilla, y la segunda en 4.° mayor; hacemos esta aclaracion, para que de ningun modo se confundan estas comedias con algunos titulos que resultan iguales en la *Galeria dramática* de los Señores Delgado Hermanos, y porque aun cuando se vean dos ediciones, no se ignore que pertenecen á un mismo dueño.

Madrid: 1855.—Lalama, Duque de Alba, 15